

La casa en Mango Street: Exploración de la autopercepción

Nicol Solangie Roa Peña

Monografía para optar por el título de Licenciada en español y Lenguas Extranjeras con
énfasis en inglés y francés.

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Humanidades

Departamento de Lenguas

Bogotá

2025

Agradecimientos

En primer lugar, mi más sincero agradecimiento es para mi familia: mi madre, mi hermana, mi abuela y mi tía. Han sido el apoyo de mi vida, las voces que me han levantado en los momentos de duda y la certeza de que el amor incondicional puede sostener cualquier camino. A mis amigos, que con su compañía han hecho más llevaderas las dificultades y más dulces las alegrías, recordándome siempre el valor de una verdadera amistad. A mi pareja, por andar a mi lado con paciencia, por ser la luz en la oscuridad y por acompañarme con su música, que más de una vez fue refugio e idioma en común.

Extiendo también mi agradecimiento a mi alma mater, lugar donde mis sueños encontraron horizonte y donde pude descubrir que la educación transforma no solo la vida académica, sino la manera de habitar el mundo. A mis maestros, por sembrar en mí la curiosidad por el saber y por recordarme que enseñar es, en el fondo, un acto de aprendizaje constante. Y a mis estudiantes, quienes con cada encuentro me mostraron que la educación es un diálogo de ida y vuelta: ellos me enseñaron tanto, o quizá más, de lo que yo pude ofrecerles.

Por último, me reconozco a mí misma. A la perseverancia que me sostuvo entre el caos, a las dudas que se transformaron en oportunidades de búsqueda, y al anhelo de transformación que me enseñó que equivocarse no es errar, sino el modo natural para crecer. Este trabajo es en definitiva una manifestación de gratitud: por quienes me han acompañado, por la oportunidad de reinventarme, y por la certeza de que nunca dejamos de aprender a ser.

Tabla de contenidos

Contenido

Capítulo I: Contexto investigativo	1
1.1. Contextualización	1
1.1.1 Literatura contemporánea	1
1.1.2 Evolución histórica de la literatura contemporánea	3
1.1.3 Literatura como herramienta de autopercepción y memoria cultural	5
1.2 Delimitación de la propuesta.....	7
1.3. Justificación.....	9
1.4 Objetivos	14
1.4.1 Objetivo general	14
1.4.2 Objetivos específicos.....	14
Capítulo II: Fundamentación teórica	15
2.1 Antecedentes	15
2.2 Marco conceptual.....	19
2.2.1 Autopercepción y subjetividad: Un diálogo en movimiento	19
2.2.2 Lenguaje y lengua como estructuras de significación	22
2.2.3 Narrar(se): el papel del lenguaje literario en la autopercepción	24
2.2.4 Territorio: Mapas de pertenencia	26
2.2.5 Desaprender género	28
2.2.6 Interseccionalidad y narrativas de autopercepción.....	33
Capítulo III: Diseño metodológico	34
3.1 Tipo y enfoque de investigación: Estudio monográfico	34
3.2 Método de análisis: Análisis de contenido.....	36
3.2.1. Análisis de contenido	36
3.2.2 Sistematización de resultados	37
3.3. Limitaciones de la investigación	38
3.3.1. Consideraciones éticas.....	38
3.4 Contextualización histórica y sinopsis	38
3.4.1 Voces chicanas: biografía y contexto histórico.....	38

3.4.2 Sinopsis de <i>La casa en Mango Street</i>	39
Capítulo IV: Análisis de la obra	41
4.1 Recursos estilísticos y simbolismos en la construcción del Yo	41
4.1.1 Metáfora.....	42
4.1.2 Anáfora	42
4.1.3 Estructura fragmentada, analepsis y prolepsis	43
4.1.4 Adjetivación.....	45
4.1.5 Hipérbole	46
4.1.6 Polisemia y bilingüismo: conflicto y resistencia.....	47
4.1.7 Connotación.....	48
4.2 El territorio geográfico como matriz de la autopercepción.....	49
4.2.1. El barrio como frontera física y simbólica	49
4.2.2. El cuerpo como territorio de control y resistencia	52
4.2.3. El hogar y la casa como espacios de pertenencia.....	56
4.3. El género como frontera simbólica en la configuración de la autopercepción	59
4.3.1. Construcción de la feminidad en la novela.....	60
4.3.2. Expectativas de género y su impacto en la autopercepción.....	63
4.3.3. Violencia simbólica y opresión de género.....	65
Capítulo V: Conclusión	68
Referencias	71

Resumen

Esta monografía analiza la autopercepción en *La casa en Mango Street* de Sandra Cisneros desde tres ejes: lenguaje literario, territorio y género con el fin de explorar la autopercepción de la protagonista quien refleja tensiones de pertenencia, opresión y resistencia en comunidades hispanas en EE. UU. Contiene un enfoque cualitativo y mediante análisis de contenido sustentado en la hermenéutica literaria, se identificaron patrones y significados en la novela. Las conclusiones muestran que el lenguaje resignifica el territorio, éste condiciona la percepción del cuerpo y el género atraviesa ambas dimensiones. La autopercepción de Esperanza surge de la interacción entre memoria, espacio y roles sociales proyectando una voz propia de resistencia.

Palabras clave: Autopercepción; Lenguaje literario; Territorio; Género.

Abstract

This monograph analyzes self-perception in *The House on Mango Street* by Sandra Cisneros through three key dimensions: literary language, territory, and gender. The object of study is the experience of Esperanza Cordero, which reflects tensions of belonging, oppression, and resistance within Hispanic communities in the United States. Using a qualitative approach and content analysis supported by literary hermeneutics, the study identifies patterns and meanings embedded in the novel. The findings show that poetic language reinterprets territory, which in turn conditions the perception of the body, while gender traverses both dimensions. Esperanza's self-perception emerges from the interaction between memory, space, and social roles, projecting a distinctive voice of resistance.

Keywords: Self-perception; Literary language; Territory; Gender.

Capítulo I: Contexto investigativo

1.1. Contextualización

La exploración de la autopercepción a través de la literatura contemporánea resulta ser una tarea crucial para los ámbitos académico y literario. El contacto e intercambio entre sociedades favorece su transformación y diversidad. Así, la literatura se vuelve medio para pensar las experiencias de vida desde la individualidad y alteridad con otras culturas (Ricoeur, 1990) por ello, la literatura posibilita no solo la comprensión del otro, sino que además es posible cuestionar y modificar la forma en que un texto se autopercebe al verse desde nuevas miradas. En este sentido, los estudios literarios ofrecen un espacio crítico de comprensión de los otros, desarrollo personal ampliado y conocimiento de formas de experiencia colectiva que se realizan en la sociedad.

1.1.1 Literatura contemporánea

En contraste con el clasicismo, que valoraba la armonía, el equilibrio y la imitación de los modelos grecolatinos (Boileau, 1674), el neoclasicismo, con su ideal de imitación de la naturaleza además de sus reglas fundamentadas en la razón y la verosimilitud (Batteux, 1747), o el realismo, que pretendía reflejar la realidad con una mirada crítica y minuciosa (Lukács, 1950), la literatura actual tiene tendencias que convergen y experimentan entre sí. En su evolución, trata con temas de autopercepción, alienación, globalización, interculturalidad, avances tecnológicos y cambios sociales; acepta la mezcla de formas, géneros y perspectivas.

Por otro lado, podemos afirmar que la literatura contemporánea fusiona las influencias que tiene de épocas y culturas anteriores a la suya y deja atrás las restricciones a categorías específicas o temporalidades lineales muy rígidas. Como lo menciona Oyarzún (2019):

Si dejamos de lado los imperativos de la periodización estricta y la compulsión de aplicar categorías excluyentes, con los que la historia literaria académica organiza el pasado, constatamos una peculiar mezcla de tradiciones, resabios, cambios y constancias en nuestro presente (p. 36)

Esto indica que la narrativa actual propicia la fusión entre géneros como el de la narrativa, la poesía o el ensayo. En su producción, añade componentes tecnológicos, visuales y orales para construir experiencias que dialogan entre los términos de lo antiguo y lo nuevo. De ese modo se alimenta de tradiciones del pasado mientras dialoga con el presente, visibilizando otras miradas que fueron relegadas, con ello amplifica numerosas posibilidades de expresión. En efecto, gracias a esta conjunción de tradiciones y tendencias tanto en la permanencia como en la transformación, la literatura actual es un reflejo de la complejidad de nuestra época y sus lectores viajeros son convocados a emprender, a través de diversos contextos, procesos de reflexión crítica.

Otros rasgos distintivos de la literatura actual son: las historias no lineales, la multiplicidad de puntos de vista y la heterogeneidad de voces. Como señala Bajtín (1981), la literatura polifónica posibilita que varias conciencias convivan en un mismo texto, lo cual enriquece la lectura. En cuanto a McHale (1987), la fragmentación y la invención narrativa son las características básicas de la ficción posmoderna, lo que acerca a escritores y lectores a mirar la condición humana y su universo a través de múltiples lentes. Si bien la experiencia literaria de las minorías ha sido un tema tratado por la literatura tradicional, varios autores contemporáneos están revolucionando la manera en que esas historias se cuentan, desafiando las narrativas hegemónicas y haciendo espacio para nuevas voces, estilos y perspectivas. Esto habilita la

visibilización de las experiencias de grupos que han sido históricamente poco representados, tales como minorías étnicas, mujeres, comunidad LGBTQ+, migrantes y otras voces marginadas.

Del mismo modo, la literatura contemporánea tiene la capacidad de reflejar y cuestionar los cambios sociales, culturales y políticos. Un ejemplo de ello es la novela *Dientes blancos* de Smith (2000), que ofrece un retrato de cómo la globalización junto con la interconexión ha transformado las autopercepciones desde la perspectiva nacional, cultural y personal explorando temas como el racismo, la rebeldía, la integración cultural, además de las complejas luchas por la autopercepción o los sentimientos de pertenencia en una sociedad multicultural. Todo esto convierte a la literatura contemporánea en una herramienta valiosa para abordar cuestiones asociadas a la diversidad, la justicia social, el género, la inmigración, los derechos humanos, entre otros.

En ese sentido, su mirada no solo es una descripción del presente, sino una invitación a que el lector reflexione sobre sí mismo y su lugar en el mundo. Como lo señala Oyarzún (2020) “(...) el problema, el horizonte al que se dirige la mirada interrogativa, es lo ya sucedido, lo incomprendible de lo que ha sucedido” (p. 44). Mientras tanto, la narrativa moderna no se limita a narrar acontecimientos, sino que indaga en el significado oculto de ellos en el pasado, y, a menudo los vincula al presente. En ese sentido invita a reconsiderar los cambios sociales y culturales, examinar lo sabido e intentar comprender las experiencias humanas compartidas.

1.1.2 Evolución histórica de la literatura contemporánea

La literatura contemporánea evoluciona en función de los contextos sociales e históricos en los que se desarrolla. Esto se puede ver claramente en la aparición de nuevas formas narrativas y en la elección de temas innovadores, muchos de los cuales responden a hechos históricos que han marcado el rumbo de la humanidad desde mediados del siglo XX (Jenkins,

2006). Los primeros textos que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, reflejan los traumas de la sociedad y ponen en tela de juicio su valor moral y existencial. La literatura de la posguerra explora la desesperanza y la nostalgia por lo que se ha perdido. Un claro ejemplo de esto es lo que postula Camus (1942) al afirmar que "para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, me quedaba esperar que el día de mi ejecución haya muchos espectadores y que me reciban con gritos de odio" (p. 48). Esta cita revela la angustia y el desapego existencial del autor, características propias del existencialismo y de la filosofía del absurdo, que reflejaban las tensiones y jerarquías entre árabes y europeos en los años 40.

Para los años 50 y 60 las narrativas fueron variando cada vez más, innovando no solo en técnica sino en la búsqueda y la construcción de cada relato. Autores como García (1967) introdujeron el realismo mágico donde lo fantástico y lo cotidiano conviven de manera natural, transformando la percepción de la realidad en la literatura latinoamericana. A su vez, Cortázar (1963) experimentó con la fragmentación de la historia en *Rayuela*, permitiendo al lector construir múltiples versiones del relato, lo que marcó una renovación en la narrativa hispanoamericana.

En las últimas décadas del siglo XX la literatura va fragmentando cada vez más sus relatos. Las obras de minorías y comunidades feministas o LGBTQ+ pasarán de la exploración al protagonismo permitiendo una mayor visibilidad de estas voces (Butler, 1990). La literatura contemporánea ha vuelto más agudas estas narrativas utilizando una variedad de medios para comunicarse. Mediante estilos surrealistas y minimalistas (Calvino, 1979) propicia una mayor reflexión sobre la percepción de sí mismo y pone en cuestión tabúes muy arraigados (Preciado, 2008).

También las posibilidades creativas se han visto ampliadas por los avances tecnológicos, que han permitido a los autores superar las barreras geográficas y alcanzar un público más amplio (Hayles, 2008). Con la llegada del nuevo milenio, aumenta la saturación de relatos ante la gran cantidad de portales y formas de distribución digital. Plataformas como blogs de poesía, novelas gráficas y los Ebook democratizan la manera de acceder a los lectores con lo que los nuevos relatos pueden estar disponibles para un público global.

Podemos concluir, por lo tanto, que la literatura actual es una expresión de la fragmentación, globalización y la complejidad del mundo moderno y se manifiesta en diferentes tipos de relatos y técnicas narrativas tales como el monólogo interior y la fluidez temporal que se encuentran desde la introspección existencial hasta la exploración de la autopercepción en el mundo (Jenkins, 2006). Por tanto, esta época se convierte en un mosaico de voces y perspectivas que reaccionan a un cambio social e histórico, moldeadas por innovaciones tecnológicas y la evolución de la narrativa.

1.1.3 Literatura como herramienta de autopercepción y memoria cultural

Desde sus primeras manifestaciones, la literatura ha participado en la elaboración de la visión que el ser humano tiene de sí mismo, en lo individual y en lo colectivo. También desempeña un papel fundamental en la formación de las ideologías y en la conciencia crítica de los sujetos (Gramsci, 1971). Por medio de las historias y narrativas que comparten, los lectores tienen la oportunidad de reconectarse con su cultura y obtener una mejor comprensión del contexto social y político en el que viven. Simultáneamente, es una invitación a cuestionar y redefinir las formas de poder y las experiencias humanas compartidas.

Desde sus comienzos la literatura ha sido un instrumento para contar la vida de las comunidades, generando así la posibilidad de preservar y transmitir el conocimiento ancestral y

cotidiano entre generaciones. Las tradiciones orales como las epopeyas, que han contribuido a conservar las memorias colectivas, valores y prácticas culturales de los pueblos, juegan un papel importante en la cultura (Finnegan 1992).

Estas narrativas que han viajado a través de los tiempos, no solo representan a las comunidades, sino que también constituyen un portal para la transmisión de la sabiduría ancestral, manteniendo vivo el quehacer para que pueda ser visto y tocado por futuras generaciones. A través de estas narrativas, las organizaciones de personas pueden volver a unirse con su historia, preservar su percepción cultural, fomentar la unidad social y, en efecto, ayudar a mantener la memoria histórica de las mismas. La literatura, por tanto, no solo representa la vida de un pueblo, sino que participa en la transmisión de su patrimonio cultural. En ese sentido, Fanon (1961) señala que los textos literarios, especialmente los producidos en o desde contextos coloniales, tienen la potencialidad de convertirse en instrumentos de liberación cultural y rearticulación de la identidad de los pueblos sometidos.

Autores como Galeano (1971) y Achebe (1958) muestran cómo la literatura se convierte en un espejo de las particularidades culturales de América Latina y África, permitiendo a los lectores reconocerse en sus raíces y comprender su papel dentro de la cultura global. En *Las venas abiertas de América Latina*, Galeano (1971) traza un relato profundo de cómo la historia y las injusticias sociales han marcado de manera decisiva a la región, dejando huellas que todavía resuenan en la vida cotidiana. Por su parte, Achebe (1958), en *Todo se desmorona*, recupera la memoria cultural africana y narra con fuerza los efectos del colonialismo, mostrando cómo este impactó en las tradiciones y creencias de su pueblo.

Por otra parte, en un plano más personal, la literatura abre un espacio donde el lector puede reconocerse en los dilemas, emociones y trayectorias de los personajes. Este proceso actúa

como un espejo que invita a la reflexión acerca de la autopercepción (Ricoeur, 1990). En ese sentido, la narratividad es fundamental para la constitución del yo, porque las historias no solamente organizan la experiencia humana, sino que también posibilitan interpretar la propia vida en forma de relato. La literatura se concibe igualmente como un escenario dialógico donde se encuentran diversas voces y puntos de vista, en eso radica quizá su mayor riqueza, porque proporciona al sujeto nuevas maneras de verse y de pensarse. En esta línea lo mencionado por Bajtín (1981) resulta pertinente: el diálogo con otras voces que tienen lugar dentro del texto contribuye a enriquecer la autopercepción y la subjetividad. Así, la autopercepción va más allá de un simple mecanismo, constituye un proceso dinámico que se reelabora constantemente en diálogo con el ambiente y con las narrativas que le dan sentido a su vida.

La forma en que un sujeto se percibe a sí mismo tiene repercusiones directas en su vida, en aspectos como la salud, la participación social, la educación o la satisfacción personal (Pech, 2006). De esta manera, relatar no solo sirve para resignificar vivencias, sino que constituye un instrumento clave en la construcción y transformación de la propia persona. Por lo tanto, la narrativa no solo registra la actividad humana dentro de su marco social e histórico, sino que también busca la experiencia subjetiva, ampliando así la significación de la condición humana. Este ejercicio es importante para la investigación de la autopercepción ya que se permite a los lectores pensar acerca de sí mismos y de sus conexiones con el mundo, convirtiéndose en una herramienta valiosa para analizar la obra en cuestión.

1.2 Delimitación de la propuesta

En las sociedades actuales, la construcción de la autopercepción se encuentra en un continuo devenir, más aún en contextos multiculturales como el de Latinoamérica y Estados Unidos, donde migración y globalización son actores protagónicos. La autopercepción es un

proceso dinámico afectado por el desplazamiento cultural y el diálogo entre múltiples discursos (Gergen, 1922) que conducen a una segmentación de la autopercepción y a su resignificación. En consecuencia, la literatura es un espacio privilegiado para analizar este fenómeno, pues permite mostrar cómo los sujetos narran la percepción de sí mismos en situación de tensiones culturales, barreras lingüísticas y cambios sociales. En cuanto a la novela *La casa en Mango Street*, este procedimiento tiene una relevancia fundamental para analizar la manera en que la narradora construye su propia autoimagen en virtud de su experiencia como hija de inmigrantes y de su vínculo con el espacio que habita.

En este sentido, la literatura moderna, en especial la que trabaja la representación de la autopercepción a través de categorías tales como género, territorio y lengua posibilita un acercamiento a la manera en que los individuos se configuran en procesos de transformación y migración. Estas historias brindan a los lectores la oportunidad de verse reflejados en los personajes y en las pruebas a las que se enfrentan, pues son similares a sus propias vidas y a lo que ellos mismos han superado (Jung, 1964). Por lo tanto, *La Casa en Mango Street* explora estas dinámicas que se describen a través de un proceso de autopercepción en un contexto multicultural. Mediante una estructura fragmentada y un lenguaje poético, la obra refleja los dilemas personales y sociales que surgen al habitar espacios de transición, además da a los lectores la oportunidad de reflexionar sobre sí mismos en relación con los diferentes entornos que habitan.

Así, en el contexto de una constante renovación, la autopercepción, como elemento de cambio y complejidad, se refleja en *La casa en Mango Street* en los dilemas interiores a los que se enfrenta la protagonista, cuestiones definidas por su contexto multicultural, su sexo y su posición dentro de la sociedad. En sociedades multiculturales, las personas están influenciadas

no sólo por sus tradiciones y culturas locales, sino que también por una variedad de valores y prácticas globales que se tejen en el día a día. En la novela, emigrar es mucho más que un simple desplazamiento geográfico, es el contacto y la mezcla con el otro que confronta y desestabiliza la visión que tiene la protagonista sobre sí misma. Esto, trae consigo una serie de retos en términos de autopercepción individual y colectiva, porque la protagonista debe mediar consigo misma para cumplir con lo que su familia espera de ella y lo que las normas culturales y sociales dictan.

En ese mismo orden, Mansilla (2006) plantea que la literatura permite el reconocimiento personal y la conformación de mundos ficticios que reafirman la esencia cultural, posibilitando explorar y reflexionar sobre la autopercepción. Por tanto, este trabajo se propone estudiar, desde un enfoque monográfico, de qué modo a través del lenguaje, el territorio y el género, se construye el “yo” en la novela *La casa en Mango Street*, mostrando cómo se articulan las dinámicas de autopercepción en contextos de migración y marginación social. Aunque este trabajo se sitúa en una perspectiva monográfica, los resultados podrían abrir camino a futuras investigaciones dentro del aula, en las que la literatura se emplee como recurso pedagógico para fomentar la reflexión sobre la autopercepción en ambientes escolares.

1.3. Justificación

A pesar de la importancia de la literatura en la formación de la autopercepción, en muchos entornos educativos su enseñanza se ha limitado a evaluar habilidades técnicas de lectura, ignorando su potencial reflexivo y formativo. La literatura no solo es un medio para desarrollar competencias lingüísticas, sino también una herramienta valiosa para la construcción de significado y la exploración del yo (Rosenblatt, 1995). Sin embargo, al centrarse únicamente en la decodificación del texto, se pierden oportunidades para generar espacios de reflexión profunda sobre la experiencia humana y la autopercepción, tanto individual como colectiva. Por

ello, es fundamental analizar el papel que desempeña la literatura en la construcción de la autopercepción dentro de los relatos literarios, así como su relación con las nociones de género, territorio y lengua, que son ejes centrales de este estudio.

De igual manera, una aproximación superficial a la literatura limita sus alcances para explorar la autopercepción con relación a temas como el género, el territorio y la lengua, que juegan un papel clave en *La casa en Mango Street*. La obra de Cisneros no solamente representa la batalla por la autopercepción en medio de un contexto multicultural, sino que contribuye a un cuestionamiento crítico de las dinámicas de inclusión/exclusión. El estudio de esta novela permite entrever cómo la construcción de espacio, lenguaje y las normas de género marcan la autopercepción y el sentido de pertenencia de los protagonistas.

Por ello surgen los siguientes interrogantes, ¿Cómo se configura la autopercepción en *La casa en Mango Street* a partir de la intersección entre género, territorio y lengua? ¿De qué manera el uso del lenguaje en la novela influye en la construcción de la autopercepción de la protagonista? y ¿Cómo la representación del territorio en *La casa en Mango Street* refuerza o desafía la autopercepción de los personajes en un contexto migratorio?

Además, se ha desestimado el potencial de la literatura para desarrollar una comprensión más amplia y crítica del contexto social y cultural. A menudo, esta ya no es vista como el medio usado por las escuelas para fomentar en los estudiantes la adquisición de una conciencia histórica, estética y moral (Álvarez, 2017). Creando brechas que niegan a los estudiantes la posibilidad de construir una percepción de sí mismos de forma consciente y situada que vaya más allá de su realidad inmediata.

Esta concepción utilitarista de la literatura ha determinado que su enseñanza se focalice en objetivos curriculares que en ocasiones se distancian de las necesidades de los estudiantes. En consecuencia, se pierde su potencial como instrumento para la autopercepción y termina siendo un mero objeto de análisis técnico. En términos críticos, hay que saber que no debe estudiarse la literatura sólo como producto lingüístico, sino también como un espacio para la construcción y la exploración de realidades culturales. Pese a ello, el enfoque literario que tienen muchas escuelas cierra esa puerta y les niega a los estudiantes la capacidad de entender y expresar quiénes son en un mundo global y multicultural.

Otra de las falencias en lo que respecta a la formación de la autopercepción son los estereotipos sociales, ya que estos representan una barrera en el desarrollo ideológico de las comunidades y tienden a interiorizarse de manera inconsciente; con el tiempo, configuran la forma como las personas moldean su realidad y se relacionan con los demás. Estos estereotipos sociales refuerzan ideologías que limitan la capacidad de cuestionar las estructuras sociales, amplían las brechas culturales y legitiman la desigualdad. En este proceso, los medios de comunicación desempeñan un papel central, pues al promover visiones unidimensionales de ciertas comunidades, afectan la autoimagen de los individuos y reducen la diversidad cultural a categorías homogéneas.

En esta misma línea, Mansilla (2006) sostiene que:

Si la literatura produce identidad, tal producción acontece por lo menos de dos maneras: a través de la elaboración de mundos de ficción orientados a reafirmar una supuesta esencialidad cultural (...) o, incluso, que merece ser expandida para copar otredades presuntamente inaceptables. (p. 4)

Este planteamiento permite comprender cómo la literatura, además de reflejar las realidades culturales, también juega un rol activo en el cuestionamiento de los estereotipos. Al abrir la posibilidad de desafiar los paradigmas dominantes que perpetúan ideologías preconcebidas, la literatura se convierte en un medio para dismantelar dichas construcciones y ofrecer nuevas formas de interpretar el mundo y el entorno cultural.

En esta línea y siguiendo con la elaboración de las interacciones de literatura, currículo y autopercepción, puede afirmarse que algunas de las ideas que modelan el desarrollo de una sociedad contemporánea durante el siglo XXI están determinadas por el marco contextual de globalización, multiculturalismo y equidad de género. El análisis de obras literarias que articulan la construcción del yo en situaciones migratorias y de marginación es clave para comprender de qué manera la literatura postmoderna se configura como un espacio problematizador de estas vivencias. En el escenario colombiano, los Derechos Básicos de Aprendizaje resaltan la necesidad de la inclusión y la representatividad al interior de las prácticas de enseñanza. De este modo, la lectura de estas representaciones literarias abre interrogantes en torno al modo en que la literatura puede contribuir a formar una conciencia crítica en los estudiantes, que potencie el reconocimiento de la diversidad, el sentido de pertenencia y una autopercepción más situada.

Por otro lado, aunque el Proyecto Educativo de los Programas (PEP) de la Facultad de Lenguas de la Universidad Pedagógica Nacional se destaca por su compromiso con la formación innovadora de pedagogos y la excelencia académica, es fundamental reflexionar sobre el impacto que tiene en la construcción de un enfoque educativo que reconozca las complejidades culturales presentes en los entornos de aprendizaje actuales. Incorporar un análisis profundo sobre cómo la literatura contemporánea, como *La casa en Mango Street*, representa las dinámicas de autopercepción en contextos migratorios amplía la discusión sobre las posibilidades de

interpretación que ofrece la literatura hoy en día. Así, el estudio monográfico que aquí se propone tiene como objetivo analizar cómo la novela de Cisneros configura la autopercepción a partir de la intersección entre género, territorio y lengua, y cómo estos elementos contribuyen a la construcción de la autopercepción en la obra.

Incorporar la autopercepción en el currículo no sólo permite representar con mayor autenticidad la vida real de los estudiantes, sino que también eleva su capacidad para entender y valorar tanto sus propias experiencias culturales como las de otros. Las políticas educativas que sitúan la diversidad cultural son, en general, aquellas que impulsan el respeto y la inclusión, y que interrogan esas tendencias homogeneizadoras que la globalización suele imponer. Sin embargo, existe un abismo: en muchos sitios aún se considera al reconocimiento de la autopercepción de un modo muy limitado y superficial, que no permite profundizar en la diversidad cultural.

En este marco, la investigación sobre *La casa en Mango Street* permitiría visibilizar cómo los relatos de la novela reflejan la construcción de la autopercepción en un contexto atravesado por la migración y la multiculturalidad, atendiendo de manera particular a los ejes de género, territorio y lengua. La obra de Sandra Cisneros no solo ofrece un testimonio literario, sino que se convierte en un medio privilegiado para pensar cómo la literatura puede abrir debates en torno a la autopercepción, explorando las formas en que los personajes negocian su sentido de pertenencia. Desde esta perspectiva, el análisis literario adquiere relevancia pedagógica, porque conecta la experiencia estética con la reflexión crítica. Al situarse en el cruce entre migración, adaptación y marginación, la novela brinda un espacio para examinar cómo estas experiencias configuran la voz y el “yo” de los personajes, al tiempo que ofrece a los lectores la oportunidad

de reconocer sus propias experiencias culturales, reforzar su sentido de pertenencia y repensar críticamente su relación con el mundo que habitan.

1.4 Objetivos

1.4.1 Objetivo general

Analizar la configuración de autopercepción presente en la novela *La casa en Mango Street* de Sandra Cisneros a través de las nociones de lenguaje literario, territorio y género desde la investigación narrativa.

1.4.2 Objetivos específicos

Identificar cómo el lenguaje literario contribuye a la construcción de autopercepción en la novela *La casa en Mango Street*.

Explorar la relación entre la percepción del territorio y la autopercepción en la novela.

Contrastar la influencia del género en la formación de la autopercepción en la novela *La casa en Mango Street*.

Capítulo II: Fundamentación teórica

El trabajo de grado monográfico de *La casa en Mango Street* como herramienta para la exploración de la autopercepción se inscribe en un marco de análisis que integra antecedentes investigativos y fundamentos teóricos. En este sentido, el estado del arte recopila investigaciones previas que han abordado los conceptos desde distintas perspectivas, permitiendo situar este trabajo dentro del campo de los estudios literarios y pedagógicos. A partir de ello, el marco conceptual desarrolla los conceptos clave que guiarán el análisis literario de lenguaje, territorio y género como medio de construcción de la autopercepción. Este marco permitirá comprender cómo estos elementos convergen en la novela y su potencial impacto en el ámbito educativo.

2.1 Antecedentes

Los historiadores han sido capaces de emplear diversas técnicas, fuentes y relatos para mostrar con eficacia las múltiples capas que componen la experiencia humana. Esta investigación examinará cinco estudios: tres nacionales y dos internacionales, desarrollados entre 2014 y 2023. Dos propuestas de investigación, dos disertaciones académicas y un ensayo científico. Estos tratamientos ofrecen categorías claves con las cuales se puede identificar formas en que la literatura dialoga con problemáticas de plena actualidad y necesidad, tales como la autopercepción, la interseccionalidad, el territorio y el género. En definitiva, estas investigaciones muestran que el análisis literario no queda limitado a lo estético, sino que posibilita interpelar crítica y socialmente las realidades sociales y culturales que componen la vida de los sujetos.

En primer lugar, la investigación *Reescribir la violencia. Narrativas de la memoria en la literatura femenina colombiana contemporánea*, realizada por Capote en 2016, tuvo como objetivo analizar cómo las escritoras colombianas utilizan el lenguaje ficcional y testimonial para

representar la violencia del conflicto armado, visibilizando su impacto en las mujeres. El estudio se centró en las obras de autoras como Silvia Galvis, Patricia Lara, Elvira Sánchez-Blake y Laura Restrepo, quienes combinan elementos literarios y testimoniales para reconstruir narrativas polifónicas y metadiscursivas. La metodología se basó en un análisis literario y discursivo del corpus, poniendo en relieve su potencial para cuestionar las versiones oficiales y recuperar memorias individuales y/o colectivas. Las mujeres que prestan testimonio en estos relatos fueron consideradas participantes indirectas. Por lo tanto, se demostró que estas narrativas fueron significativas en la resignificación del pasado y la re-construcción de la memoria histórica. Tales tácticas pueden ofrecer una guía útil para analizar la manera en que la literatura participa en la construcción del yo a través de vivencias tanto individuales como colectivas.

Por otro lado, el trabajo de maestría *Autopercepción de la inclusión social en niños de una comunidad excluida: una intervención con el libro álbum* realizado por Rentería en el año 2023, busca analizar cómo la mediación lectora de libros álbum puede mejorar la autopercepción de inclusión social en niños de la colonia Patios de la Estación, en Cuernavaca, México. Utilizando un enfoque de investigación-acción participativa, se desarrollaron talleres con mediadores de lectura y sesiones experimentales con niños de 5 a 12 años. Un cuestionario basado en el INDEX para inclusión social permitió evaluar cambios en la autopercepción en un grupo experimental y un grupo control. El estudio concluye que la literatura infantil fomenta el sentido de pertenencia en comunidades excluidas, lo que demuestra que existen estrategias pedagógicas que vinculan la literatura y la narrativa con la formación de la autopercepción individual y colectiva en entornos educativos y comunitarios.

En tercer lugar, la investigación *Metáforas y articulaciones para una pedagogía crítica sobre la interseccionalidad* realizada por Platero en el año 2014, explora el concepto de

interseccionalidad desde una perspectiva pedagógica crítica. Su objetivo es analizar cómo las metáforas, la simultaneidad, las encrucijadas o los ensamblajes pueden ser útiles para entender las dinámicas de desigualdad múltiples y sus interrelaciones. La autora adopta un enfoque cualitativo basado en su experiencia práctica y política en temas de interseccionalidad. El artículo resalta la importancia de visibilizar experiencias de sujetos marginalizados mientras se reconocen sus posibilidades de empoderamiento. La investigación concluye que es importante rescatar estrategias educativas inclusivas y críticas, y, así mismo visibilizar privilegios y opresiones. Por ello, esta base teórica permite resaltar cómo el lenguaje y las narrativas literarias reflejan y transforman la autopercepción.

Por otra parte, el artículo de investigación *Comprensión del territorio para la construcción de apropiación e identidad en el municipio de Soacha* materializado por Reyes en el año 2022, indaga cómo la percepción y la apropiación del territorio influyen en la autopercepción de los habitantes de Soacha, Bogotá. La investigación buscó comprender cómo las personas construyen su sentido de pertenencia y autopercepción a través de la relación con su entorno físico y social. La metodología empleada incluye un enfoque cualitativo, basado en entrevistas y análisis de testimonios de los residentes. Participaron diversos grupos de la comunidad, desde líderes locales hasta jóvenes y adultos de diferentes estratos socioeconómicos. La investigación concluye que la construcción de la autopercepción territorial en Soacha está fuertemente influenciada por la historia y los procesos de urbanización, la exclusión social y las dinámicas culturales propias de la región. Este estudio aporta una comprensión profunda del vínculo entre territorio, memoria, pertenencia y autopercepción.

Por último, la investigación documental *Literatura e inclusión: influencias de la formación lectora y literaria en la educación inclusiva en la ciudad de Medellín, Colombia,*

elaborada por Franco y Gómez en 2021, se centra en cómo la literatura impacta la inclusión educativa, especialmente en contextos diversos. Con un enfoque cualitativo, se observó y entrevistó estudiantes y profesores de varios niveles de educación en Medellín. Los resultados muestran que la literatura promueve la inclusión social al proporcionar herramientas para entender y valorar diferentes realidades. Esta investigación resalta la relevancia de impulsar una formación lectora para reflexionar en torno a la diversidad en las aulas que contribuya a un fortalecimiento de la percepción de sí mismo, tanto a nivel individual como colectivo de los estudiantes.

Las investigaciones analizadas evidencian cómo la literatura, en sus diversas presentaciones, participa en la formulación de la autopercepción, tanto en contextos violentos como en aquellos que desean inclusión en el espacio social. Capote (2016) muestra, por ejemplo, cómo un grupo significativo de escritoras colombianas rearticula la violencia del conflicto armado y, con ello, abre nuevas posibilidades para resignificar la memoria histórica. Y Rentería (2023) elogia la contribución de la literatura infantil a la consolidación del sentido de pertenencia en comunidades marginadas. De manera complementaria, Platero (2014) subraya el poder de las metáforas y narrativas para empoderar a los sujetos que viven en condiciones de marginalidad, mientras que Reyes (2022) analiza cómo el vínculo con el territorio influye directamente en la manera en que las personas se perciben a sí mismas. En conjunto, estos aportes amplían la comprensión del papel de la literatura en la configuración de la autopercepción y ponen de relieve su potencial pedagógico y transformador dentro de los contextos educativos y sociales.

2.2 Marco conceptual

2.2.1 Autopercepción y subjetividad: Un diálogo en movimiento

La autopercepción se concibe como un proceso por el cual el individuo se constituye a sí mismo a partir de varios elementos. Desde un enfoque relacional, el “yo” no es pensable en aislamiento, sino que se forma en procesos de interacción con el sistema familiar, las redes sociales, la lengua materna y las vivencias individuales (Gergen, 1922). Dicho proceso está en continua modificación, ya que está condicionado por la forma en que el sujeto se relaciona con su medio y atribuye sentido a lo que ha vivido. Jung (1964) señala también que la construcción se forma mediante arquetipos y vivencias colectivas compartidas en el inconsciente colectivo que revela su transformación potencial ante nuevas realidades. Pech (2006) por su parte resalta que el bienestar y la inserción social de un individuo va directamente ligados a cómo se ve a sí mismo, destacando que la autopercepción es un aspecto fundamental en la subjetividad. En este orden de ideas, no solo es un mecanismo de autoconocimiento, sino un proceso dinámico que está sujeto a la memoria, experiencias y narrativas que lo modelan. Aquí la literatura tiene un rol protagónico, en cuanto posibilita que el sujeto explore, confronte y reinterprete su propia autopercepción en boca de los relatos y personajes que le son presentados.

En este sentido, la autopercepción se encuentra en constante diálogo con la subjetividad, ya que el individuo no solo se define a sí mismo, sino que también es definido en relación con los otros y el entorno que habita. Así, la autopercepción “está referida a la concepción de sí mismo como ser móvil, histórico, con capacidad de ejercer grados de libertad y de agenciamiento. En otras palabras, el sujeto se percibe como empoderado de su realidad” (Vargas, López y Guevara, 2009, p. 646). Este empoderamiento no es estático ni unívoco, sino que se

construye en función de la manera en que el sujeto interpreta sus experiencias y las reinscribe dentro de los discursos sociales que moldean su autopercepción.

Ahora bien, la subjetividad se entiende como una producción simbólica y emocional de las experiencias vividas, que no solo es el reflejo fijo de la realidad, sino una construcción que se transforma a medida que es narrada, interpretada y reinterpretada (González, 2013), y que, además “atraviesa todos los espacios y escenarios sociales y se configura subjetivamente en todos ellos de forma única y singular, (...) integra lo histórico y lo diverso del contexto presente en una producción subjetiva única, irrepetible y temporal” (González, 2013, p. 23). De este modo, pese a que la subjetividad tiene como punto de partida la experiencia individual, esta se encuentra influenciada por vivencias colectivas que se interpretan y entrelazan de manera compartida. Por lo tanto, la subjetividad tanto individual como colectiva, implica un conocimiento de la realidad social que se configura a través de las relaciones establecidas con los otros y el entorno.

Por lo demás, cabe resaltar que uno de los elementos importantes de la autopercepción es la narración, pues desde una perspectiva constructivista, no solo organiza la experiencia, sino que también permite que los individuos construyan y reinterpretan la autopercepción en función de su entorno (Vargas, López y Guevara, 2009). Así, la narración juega un papel fundamental pues permite rastrear el cambio o evolución mediante el cual el ser humano desde su lugar como individuo y parte del colectivo, se define y redefine en función de su entorno, experiencias e interacciones sociales, mientras se da una reconstrucción del “yo” a lo largo del tiempo (Dennett, 1995). Desde esta perspectiva, la narración no solo documenta la experiencia humana, sino que también se convierte en un mecanismo esencial para comprender y dar sentido a la propia existencia.

En este sentido, la realidad narrada no es fija ni universal, sino que varía según los significados otorgados en distintos contextos, influyendo en la forma en que las personas comprenden su propia existencia. Las experiencias significativas, al ser narradas, pueden resignificarse y dotarse de nuevos sentidos, mientras que aquellas que permanecen silenciadas pueden afectar la construcción de la autopercepción. Este proceso no ocurre de manera aislada, sino que la autopercepción se constituye en relación con los otros y con la matriz discursiva en que se ubica (Vargas, López y Guevara, 2009). Así, la forma en que un sujeto se ve a sí mismo está estrechamente vinculada a la forma en que narra su historia, puesto que la narración no solo constituye su autopercepción, sino que también influye en cómo es interpretado y aceptado por su colectivo. La narración, por ende, no es un simple instrumento de expresión sino una herramienta esencial para la elaboración y reelaboración continua de la subjetividad.

Por otra parte, el cuerpo también tiene un lugar central en la autopercepción, ya que, por medio de la experiencia, el sujeto no solo interactúa con el mundo, sino que también se ve a sí mismo como un objeto unificado y coherente. Merleau-Ponty (1945) afirma que la conciencia no es una cosa abstracta, sino que se origina en nuestra corporalidad. En esa línea, el cuerpo propio funciona como "punto cero" de referencia en el espacio y el tiempo; además, hace posible que la persona experimente su cuerpo como propio y se construya una noción de sí mismo. Sin embargo, cuando este reconocimiento se ve mermado por la despersonalización, trastornos o experiencias traumáticas, la autopercepción se fragmenta y esto deriva en una disociación entre el sujeto y su cuerpo. Esta fractura no sólo afecta la experiencia inmediata sino también entorpece la habilidad de tejer una autopercepción coherente, ya que el lenguaje y la narrativa personal se sustentan en una base corporal sólida. Por eso cuando alguien no se siente en su cuerpo, no solo desconecta de sus sentidos, sino que pone en peligro su autopercepción. Esto

muestra que el 'yo' no puede ser pensado fuera del cuerpo; ser uno mismo depende, principalmente, de tener la sensación de que el cuerpo y la mente son una misma entidad.

En síntesis, la autopercepción se configura como un proceso dinámico en el que confluyen la subjetividad, las narrativas sociales y la experiencia encarnada. Lejos de ser un reflejo estático del 'yo', surge del diálogo entre el cuerpo (Merleau-Ponty, 1945) y los significados culturales que delimitan, pero también amplían, las posibilidades de ser (Gergen, 1992). Este proceso no es pasivo; mediante la autorreflexión y la narración, el sujeto reinterpreta sus experiencias, resignifica su historia y ejerce agencia sobre su autodefinición (Vargas, 2009). La literatura, las interacciones sociales y hasta los silencios operan como herramientas en esta construcción, evidenciando que la autopercepción no solo se moldea, sino que incide directamente en el bienestar, la integración social y la capacidad de habitar el mundo (Pech, 2006). Así, entenderla exige reconocerla como un fenómeno multidimensional psicológico, corporal y discursivo que, en su constante devenir, revela la paradoja humana: somos a la vez únicos y producto del entramado que nos rodea.

2.2.2 Lenguaje y lengua como estructuras de significación

El lenguaje es una facultad innata del hombre, a través de la cual puede expresar ideas y emociones, y estructurar su pensamiento. Chomsky (1986) lo concibe como un sistema mental basado en una gramática generativa universal, es decir, un proceso interno que permite a todos los humanos adquirir y procesar estructuras lingüísticas. Además, no es solo con esta capacidad con que nos comunicamos, sino con la que construimos significados y reproducimos conocimiento cultural.

Desde una perspectiva crítica Freire (1999) esboza la idea de que el lenguaje no solo describe la realidad, sino que también la tiene el poder de modificarla. Esta perspectiva es clave ya que pone de manifiesto que, mediante las palabras, los sujetos no sólo narran lo vivido sino también pueden interrogar y reformular su situación. En ese sentido, Freire (1975) también resalta “el poder activo” de la palabra cuando sostiene que “las palabras, oriundas del propio universo vocabular del alfabetizando, una vez transfiguradas por la crítica, retornan a él en acción transformadora del mundo” (p. 5). Así, el discurso se entiende como instrumento de transformación social y espacio en el que se construye una autopercepción colectiva.

Es preciso entonces separar el lenguaje de la lengua. Considerando al primero como una capacidad innata a nivel universal, mientras la lengua es el sistema estructurado de signos que una comunidad posee. Saussure (1916) la concibe como una convención social que articula el significado, lo cual implica que no es simplemente un conjunto de palabras, sino una especie de estructura pautada que se permite interpretar y comunicar el mundo.

Desde una perspectiva semiótica, Halliday (1978) sostiene que la lengua es un instrumento de construcción social a través del cual se transmiten ideologías, valores y conocimientos culturales. Esto dialoga con Estupiñán y Agudelo (2008), para quienes el lenguaje es indicativo del “ser”, tratándose de un sistema simbólico que sostiene y hace visibles jerarquías en lo colectivo. A su vez, Jakobson (1960) enfatiza su rol social y de autopercepción, revelando que la lengua es dinámica: cuando se colectiviza, se resignifican las vivencias individuales y funcionan como un campo de disputa y cambio cultural.

Al retomar a Freire (1999), el aprendizaje de la lengua no debe ser la repetición mecánica de las estructuras, sino una reflexión que permita a los hablantes desarrollar la capacidad de

decodificar críticamente su realidad. En el plano educativo, ello significa que la enseñanza de la lengua no se limite a lo normativo, sino que promueva el diálogo y el pensamiento crítico como bases para su potencial transformador. En este sentido, Freire (1999) denuncia que tal cambio no se da automáticamente, sino que han de generarse las condiciones pedagógicas que interroguen las estructuras de poder contenidas en el mismo lenguaje. Por otra parte, Estupiñán y Agudelo (2008) recuerdan que, en la enseñanza, la lengua debe ser vista como un medio para formar una autopercepción crítica y consciente. Así, el lenguaje se convierte en un referente desde el cual comprender y transformar la realidad. En otras palabras, aprender una lengua no solo fortalece la comunicación, sino que abre la puerta a una visión del mundo más reflexiva, inclusiva y capaz de generar cambio.

Finalmente, Mansilla (2006) señala que el lenguaje y la literatura son claves en la construcción de imaginarios culturales, pues ayudan a configurar la autopercepción de una comunidad. A su juicio, la lengua no solo refleja la cultura, sino que participa en su reelaboración constante al crear ficciones que reafirman o discuten la idea de una supuesta esencialidad cultural.

2.2.3 Narrar(se): el papel del lenguaje literario en la autopercepción

La autopercepción se manifiesta en la teoría literaria y en los estudios culturales contemporáneos no en forma de un tema a tratar, sino como un proceso en constante diálogo, en donde el lenguaje y la narración tienen como función deconstruir el “yo”. En la ficción, el lenguaje no es un conducto pasivo, pues no solo permite que los personajes definan, sino que hace posible que cuestionen las imágenes proporcionadas por el contexto social. Como he señalado en capítulos anteriores, esto significa que la literatura no ofrece retratos estáticos de la

autopercepción, sino que la interroga a través de múltiples recursos narrativos: voces, silencios estratégicos o monólogos interiores.

En este marco, Ricoeur (1980) recuerda que el lenguaje literario no solo transmite historias, sino que construye significados y experiencias. La metáfora, en particular, se convierte en una vía para que los sujetos organicen su comprensión del mundo y, a la vez, elaboren su autopercepción. La literatura, por tanto, no se limita a reflejar la realidad: abre un espacio de resignificación donde los personajes —y los lectores con ellos— se replantean lo que son y lo que desean llegar a ser.

Adicionalmente, Barthes (1967) aporta una segunda clave al afirmar que el significado del texto no está cerrado en el autor, sino que se abre en la lectura. El lenguaje del texto literario no es un código estático sino un espacio múltiple de codificaciones en el que personajes y lectores se implican activamente en la elaboración del “yo”. Esto se relaciona con la perspectiva de Bajtín (2001) quien alude a la polifonía para significar que en la literatura varias voces dialogan dentro del texto. En ese entramado, la autopercepción de los personajes se moldea en el intercambio con otras voces, lo que les permite redefinirse frente a su entorno.

En síntesis, la autopercepción en la literatura no puede entenderse como un reflejo pasivo, sino como un proceso activo y cambiante, donde lenguaje y narración funcionan como escenarios de confrontación y transformación. La metáfora en Ricoeur, la indeterminación del significado en Barthes y la polifonía en Bajtín permiten concluir que el lenguaje literario es un espacio vivo, donde el “yo” se cuestiona, se reconfigura y se abre a nuevas posibilidades.

2.2.4 Territorio: Mapas de pertenencia

El territorio ocupa un lugar central en la construcción de la autopercepción porque no se reduce a un espacio físico; también es un marco simbólico en el que se inscriben experiencias individuales y colectivas. Estupiñán y Agudelo (2008) señalan que no es suficiente considerarlo como un espacio geográfico, porque en y a través de él se gestan hábitos, tradiciones y valores que inciden en las formas en que las comunidades se piensan a sí mismas. En ese sentido, el territorio es una construcción cultural que determina las relaciones con la historia y con los otros.

Así, la relación entre espacio y autopercepción se esclarece al surgir una tensión entre sentirnos en casa y querer cambiarla. Los territorios pueden ser instrumentos de asentamiento y continuidad, pero también portan expectativas y constricciones que moldean a sus habitantes. En esa tensión, las personas forjan un sentido de quiénes son, que va desde aceptar la herencia cultural hasta abrirse a nuevas posibilidades para replantearse su posición en el mundo.

Ahora bien, en su dimensión concreta, el territorio es también el lugar en que se tejen, en la cotidianeidad, los lazos afectivos. Cepeda (2018) resalta que no se trata solo de un límite físico, sino de un referente que trabaja en la afirmación de la pertenencia y que contribuye a moldear la autopercepción individual y colectiva. Dependiendo de la percepción que tengamos, un lugar puede ser pensado como un espacio de hogar y de abrigo, o un sitio en donde se experimenta el desarraigo y las ganas de huir. Si prestamos atención a diferentes narrativas, podemos ver que el ambiente físico va más allá de lo material, para llenarse de significados. No es solo un telón de fondo para la acción, sino un espejo de los sueños y conflictos de quienes lo habitan. Santos (1994) lo caracteriza como una “realidad vivida”, un concepto que permite

entender cómo el significado del espacio emerge de la continua relación de las personas con su ambiente.

Desde esta perspectiva, el territorio nunca es unívoco. Puede ser refugio para la autopercepción, pero también un dispositivo de control que limita la experiencia subjetiva. Más allá de definir un ámbito de pertenencia, cobra sentido en función de las subjetividades que lo habitan. Appadurai (1996) aporta aquí una mirada clave: la relación con el patrimonio cultural no siempre conduce a un reconocimiento armonioso de la historia colectiva; en ocasiones, genera tensiones y conflictos que atraviesan la forma en que los individuos elaboran su autopercepción.

Por otro lado, Tuan (1977) plantea una distinción entre espacio y lugar, para el autor el lugar está impregnado de significados y experiencias personales y emocionales, mientras que el espacio es abstracto e indefinido. En ese sentido, un lugar se convierte en un espacio que llega a tener un gran significado debido a la conexión que se tiene con él. Lo que lo hace parte de una autopercepción grupal, es decir que los personajes en la literatura al habitar ciertos espacios se relacionan físicamente con el entorno, pero también lo hacen según las vivencias que tengan en cada lugar. En consecuencia, la percepción del territorio no es homogénea pues, mientras que para algunos representa un espacio de estabilidad y arraigo, para otros puede convertirse en un lugar del que se desea escapar o que se busca redefinir. Por ello, las experiencias vividas en un mismo espacio pueden generar en los individuos sentimientos opuestos de pertenencia o distanciamiento, lo que demuestra que la relación con el territorio es dinámica y subjetiva. En este proceso, la autopercepción se ve constantemente influenciada por la manera en que cada persona entiende su lugar dentro del entorno.

Desde una perspectiva educativa, el reconocimiento del territorio puede convertirse en una herramienta clave para fortalecer la autopercepción cultural e individual. Retomando las ideas de Cepeda (2018), quien enfatiza la importancia de preservar y valorar el patrimonio como base para una conciencia sólida, considero que la educación no solo debe desempeñar un papel fundamental en este proceso, sino que debería ir más allá de la simple transmisión de conocimientos. Al fomentar una comprensión crítica del entorno y de las historias que en él se inscriben, se invita a cuestionar narrativas dominantes y a recuperar aquellas voces que han sido tradicionalmente marginadas.

Integrar el estudio del territorio en los procesos de aprendizaje permite construir una autopercepción más consciente y arraigada. La forma en que las personas aprenden a leer, interpretar y cuestionar su entorno influye directamente en cómo construyen su percepción del mundo y de sí mismas. Así, el territorio deja de ser solo un espacio físico y se convierte en un elemento clave para la formación de la autopercepción, donde el pasado y el presente convergen para dar lugar a nuevas maneras de comprender la realidad.

2.2.5 Desaprender género

Para comprender el concepto de género es necesario partir de que no existe una sola manera de ser mujer u hombre. Las ideas acerca del género son múltiples y cambiantes, variando según la sociedad y la cultura en la que se esté. En tal sentido, las categorías de género no son universales o fijas, pues se transforman y dependen de las culturas y sociedades en que se manifiestan. Así que en vez de ser algo fijo o biológico, el género es una construcción social que ha sido modelada y transformada a través de la historia. Ello se produce por las estructuras de poder, las tradiciones culturales y los valores históricos (Connell, 2005). Por eso no solo el género es portador de normas y expectativas, sino que también determina la forma en que somos y nos ven los demás dentro de los diferentes contextos culturales.

Numerosas teorías actuales han contribuido a redefinir qué es el género. Por ejemplo, las teorías feministas han desafiado los roles tradicionales para hombres y mujeres y han cuestionado las normas patriarcales que han restringido las maneras en que podemos expresarnos en términos de género. De Beauvoir (1949), sostuvo que "no se nace mujer, se llega a serlo" (p. 277), en ese sentido la percepción de uno mismo como mujer es una construcción social y no biológica. Esto ha transformado la percepción del feminismo, pues ahora se puede considerar al género como una categoría que puede ser constantemente transformada a medida que las dinámicas culturales y políticas de la sociedad se modifican.

Por otra parte, la teoría queer ha proporcionado una perspectiva en el género, en lugar de ser algo fijo o esencial, se concibe como un proceso de performatividad que es construido mediante actos reiterados y de expresiones discursivas que encuentran significado dentro de un contexto social (Butler, 1990). En otras palabras, el género no es una esencia innata, sino una manera de hacer que se organiza culturalmente y se realiza en cada gesto, palabra o acto. Esto permite apreciar cómo se nos "dictan" de manera permanente las expectativas sobre lo que debe ser "ser hombre" y lo que debe ser "ser mujer", y también permite cuestionar esas expectativas para, eventualmente, modificarlas. Desde este lugar, la conexión entre género y autopercepción puede definirse mejor: lo que cada sujeto experimenta de sí mismo en términos de género no surge exclusivamente de sus vivencias personales, sino también de sus relaciones con los otros y con las instituciones sociales, así como de las fuerzas que moldean y, de alguna manera, ponen a prueba la construcción del "yo".

El concepto de género ha sido enriquecido por teorías que incorporan perspectivas postcoloniales y transnacionales. En este sentido, las categorías de género no pueden entenderse sin considerar su intersección con otros factores como la raza, la clase social y la etnicidad

(Spivak, 1988). El género se experimenta de manera diferente según las condiciones sociales de cada persona, y estas experiencias están determinadas por las estructuras de poder a las que los individuos están sujetos.

En la era de la globalización, el género también se ve afectado por la circulación de ideas, imágenes y prácticas que cruzan fronteras y moldean nuestras autopercepciones en un contexto global. El intercambio cultural y la interacción entre distintas regiones del mundo permiten que las percepciones de género se transformen, adaptándose a nuevas realidades socioculturales (Appadurai, 1996). Por lo tanto, para entender cómo ha evolucionado el género, es crucial analizar cómo las construcciones de autopercepción han cambiado a lo largo del tiempo y de qué manera influyen en la forma en que las personas se ven a sí mismas en diferentes contextos.

La autopercepción de género es parte central de cómo cada individuo se percibe a sí mismo y no puede explicarse a partir de un solo factor, sino que es resultado de la interacción dinámica entre biología, psicología, cultura y sociedad a lo largo del tiempo de vida. En ese sentido, la autopercepción de una persona en términos de género supone información que no se da por sentada y que es una construcción social, que le permite a la persona elegir (Lamas, 1996). Así, toda persona puede reconocerse y expresarse en función de la propia experiencia de pertenencia a un género a pesar de que se le indiquen las reglas externas que debe aplicar. Por comparativa, la cultura tiene también mucha importancia, ya que lo que se define como “masculino” y “femenino” puede diferir de unas culturas a otras demostrando que no hay universalidad dentro de estas categorías y sí diversidad cultural.

En este sentido, la autopercepción de género no solo está influenciada por normas sociales, sino también por factores personales, familiares y comunitarios, lo que hace que cada experiencia de género sea única y dinámica. En el marco del presente estudio, esta relación entre

autopercepción y género permite comprender cómo los sujetos se construyen y se resignifican en función de su entorno y de sus experiencias individuales.

2.2.5.1 Entrelazando la interseccionalidad y el género

La interseccionalidad es una herramienta para examinar cómo varios sistemas opresivos y privilegiados se entrelazan para moldear tanto la autopercepción como la experiencia social de los individuos. El término fue introducido por Crenshaw (1989) para mostrar de qué manera las categorías de raza y género se imbrican en la discriminación hacia las mujeres negras, poniendo en evidencia que los sistemas de poder no operan de forma aislada, sino que se cruzan y se intersecan potenciando formas particulares de opresión. Además, la interseccionalidad no solo es un concepto analítico, sino también una herramienta política que visibiliza cómo ciertos grupos quedan marginados dentro de movimientos que solo consideran una única dimensión de autopercepción, como el feminismo blanco o el activismo racial centrado en los hombres (Crenshaw, 1989). En este sentido, la interseccionalidad permite comprender cómo las estructuras de poder (género, raza, clase, sexualidad, migración, entre otras) se combinan en la experiencia de los sujetos, generando desigualdades específicas.

Desde una visión feminista y decolonial, este concepto propone la idea de matriz de dominación, que indica que la opresión se organiza en diferentes niveles, tal como el individual, comunitario y el institucional (Collins, 2000). Por lo tanto, la autopercepción no puede considerarse como el efecto de una simple suma de categorías, sino de la interacción compleja de múltiples ejes de poder y resistencia, que configuran subjetividad de maneja compleja.

En la literatura, la interseccionalidad también ha sido vital en el análisis sobre cómo los sujetos que habitan en los márgenes son configurados discursivamente. Anzaldúa (1987) afirma que la autopercepción de las mujeres chicanas se forma en la intersección de fronteras materiales

(geográficas, raciales) y simbólicas (lingüísticas, culturales) y que el lenguaje, el territorio y la memoria histórica son fuerzas primarias en la formación del "yo". En este contexto, la narración se convierte en una forma de resistencia a través de la cual las voces subalternas pueden contar sus propias vidas y desafiar los paradigmas hegemónicos que han definido los niveles de autopercepción desde una visión dominante. Así, la letra de las escritoras chicanas, afrolatinas y de otras comunidades racializadas nos demuestra que gracias a la interseccionalidad se pueden hacer visibles las maneras en las que el género, la raza y la clase juegan papeles fundamentales en la formación de subjetividades dando lugar a nuevas y diversas formas de representarse y reivindicarse.

Así, la interseccionalidad no se limita a develar las capas superpuestas de opresión (raza, género, clase, etc.), sino que revela cómo los sujetos negocian, resisten y reconfiguran su agencia en espacios marginalizados. Lorde (1984) lo sintetiza al afirmar que “no existen luchas de un solo eje” (p. 138), destacando que sistemas como el racismo, el patriarcado y el capitalismo operan de manera enredada, por tanto, las resistencias deben ser igualmente multidimensionales ya que transforman el dolor en potencia colectiva. Esta perspectiva permite entender que la autopercepción fragmentada por estructuras de poder puede, paradójicamente, ser el terreno fértil para estrategias de emancipación creativas y situadas.

Lo anterior posibilita analizar cómo la autopercepción es un proceso en desarrollo y está sujeto a relaciones de poder en sus múltiples niveles guardando relación con las experiencias de vida de las personas. Butler (1990) sostiene que no es un estado esencial sino una construcción performativa regulada por el contexto social y cultural en donde tiene lugar el sujeto. Dentro de ese plano de existencia, su uso para fines literarios permite atraer la manera en que los personajes se cuentan a sí mismos a través de los ejes de género, etnicidad, territorio entre otros parámetros

sociales. En ese sentido, esta investigación considera que la autopercepción es un constructo social en permanente cambio, influenciado por factores externos y la capacidad individual para actuar. En este sentido se analizará cómo la autopercepción de la protagonista de *La casa en Mango Street* se constituye en función de sus vivencias y la interacción con su entorno.

2.2.6 Interseccionalidad y narrativas de autopercepción

La autopercepción se construye en la interseccionalidad de múltiples ejes como el género, la raza y la clase social generando vivencias de opresión y resistencia que son verdaderamente singulares. Autoras fundamentales como Hooks (1981) y Anzaldúa (1987) nos ilustran que las autopercepciones de las mujeres racializadas, que muchas veces se encuentran en los márgenes, se forman en esos lugares de contacto donde se entrecruzan múltiples sistemas de opresión. También, Collins (2000) observa que las narrativas personales tienen poder, pues pueden desafiar las estructuras de poder, transferirlas a nuestros espacios sociales y posteriormente restringir las posibilidades de autoconocimiento.

En el análisis literario, estas categorías nos ayudan a entender cómo se forma la autopercepción. El lenguaje se convierte en una herramienta poderosa, tanto para ejercer control como para resistirlo. La forma en que elegimos las palabras, los estilos que usamos y las historias que contamos no solo muestran quiénes somos, sino el impacto que tienen en nuestra autopercepción. Al estudiar el género desde una perspectiva feminista, podemos ver cómo las normas sociales moldean la autopercepción, pero también cómo las personas desafían y reinterpretan esas normas. Por último, el territorio no solo es un espacio físico, sino también un lugar simbólico donde se sienten las exclusiones que surgen de diferentes percepciones. Sin embargo, también es un espacio donde se pueden crear nuevas formas de autopercepción al apropiarse críticamente de él.

La articulación de estas categorías lenguaje, género y territorio en el marco interseccional ofrece una herramienta conceptual robusta para comprender los procesos complejos de construcción de la autopercepción. Esta perspectiva teórica enfatiza que la autopercepción no es un fenómeno aislado, sino el resultado de negociaciones constantes entre estructuras sociales y agencia individual, donde las narrativas personales adquieren especial relevancia como espacios de resistencia y redefinición del “yo”.

Capítulo III: Diseño metodológico

En este capítulo se abordarán los aspectos metodológicos de la investigación. En un principio se plantea el tipo de investigación y sus características. Después, se presentará el método de análisis, para luego mencionar las generalidades de la muestra documental y el análisis.

3.1 Tipo y enfoque de investigación: Estudio monográfico

El diseño metodológico escogido es el estudio monográfico el cual se enmarca en el enfoque cualitativo ya que busca interpretar, analizar y comprender la autopercepción de las categorías: Lenguaje literario, el territorio y género en la novela *La casa de Mango Street*. Este enfoque permite interpretar las construcciones subjetivas de autopercepción reflejadas en la novela, así como analizar la manera en que la protagonista articula su entorno y sus aspiraciones a través del lenguaje. El enfoque cualitativo se caracteriza por su interés en comprender fenómenos en sus contextos naturales, sin reducirlos a datos numéricos o estadísticos (Flick, 2015). En este caso, se busca interpretar los elementos narrativos y discursivos de la obra para analizar la representación de la autopercepción en un contexto migratorio, cultural y de género.

Elegí el estudio monográfico pues este permite la sistematización y análisis de información de fuentes bibliográficas y documentales. La monografía es un método de investigación académica que posibilita el desarrollo de un estudio detallado y crítico sobre un tema específico (Eco, 2010). Este tipo de estudio aborda de manera integral la problemática de la autopercepción en relación con la literatura, el territorio y el género sin la necesidad de usar técnicas de recolección de datos. Además, hace posible la reflexión crítica de la obra de Cisneros y su relevancia histórica y cultural.

El estudio monográfico se caracteriza en este caso por dividir la investigación en tres diferentes fases. En primer lugar, está la revisión teórica y contextual donde se recopila información del contexto histórico y social de la novela, así como estudios previos sobre la autopercepción, la literatura y el contexto de la novela. A continuación, en la fase de análisis textual se identifican los pasajes relevantes de la novela donde se aborda directamente la autopercepción de la protagonista y se analizan los recursos que utiliza Cisneros para representar el entorno de Esperanza Cordero, además de examinar las tensiones entre el sentido de pertenencia y la necesidad de escapar del barrio. Como última fase, la interpretación y discusión de hallazgos permite relacionar los elementos de la novela con teorías sobre la autopercepción y establecer conclusiones sobre el impacto del lenguaje y el territorio, y cómo estos influyen en la autopercepción de la protagonista. Cada una de estas fases se desarrolla en coherencia con los objetivos de la investigación. De esta forma el estudio logra un análisis íntegro que contribuye a la comprensión de la novela como un testimonio de la experiencia latina en Estados Unidos y como una representación significativa de los procesos de autopercepción en contextos marginales y de migración.

3.2 Método de análisis: Análisis de contenido

Se determinó usar el análisis de contenido pues es una herramienta que permite estudiar los textos literarios con la intención de descubrir patrones, significados ocultos y estructuras discursivas que orientan la lectura crítica (Krippendorff, 2019). En este caso, dicho análisis se aplica a *La casa en Mango Street*, con el objetivo de comprender cómo se construye la autopercepción de la protagonista y de qué manera esta se ve atravesada por factores como la lengua, el género, el territorio y las condiciones sociales que la rodean.

Desde este punto de vista, el estudio se basa en una lectura analítica y reflexiva del discurso, pues permite determinar aquellos fragmentos lingüísticos en los que el lenguaje literario manifiesta tensiones, resistencias o aprendizajes en la narradora. Para dar coherencia a este proceso, se establecieron lineamientos claros: rastrear fragmentos de interés, agrupar fragmentos con base en las categorías emergentes y, finalmente, interpretar las agrupaciones con base en el marco conceptual. Por lo tanto, la descripción de los datos no debe rodear el análisis, sino que debería emplearse para ilustrar la manera en la que la novela de Cisneros convierte la experiencia individual de Esperanza en un texto literario que representa procesos sociales y culturales más amplios.

3.2.1. Análisis de contenido

El análisis de *La casa en Mango Street* parte de la selección de pasajes clave, que encriptan significados profundos y sugieren la posibilidad de acercarse a la construcción de la autopercepción de la protagonista. Para la interpretación de estos fragmentos se utiliza la hermenéutica literaria, pues permite identificar símbolos y figuras retóricas que se manifiestan en la obra. Además, la investigación se apoya en estudios preliminares, artículos de carácter

académico y contribuciones teóricas de literatura y autopercepción, lo cual sostiene críticamente la acción de interpretación. Esta mezcla de instrumentos no solo potencia la lectura del texto, sino que asegura un análisis más exhaustivo de la manera en que Cisneros logra expresar, por medio del lenguaje y las imágenes poéticas, la vivencia de una joven cuya concepción de sí misma está definida por el contexto social y cultural que la envuelve.

3.2.2 Sistematización de resultados

Para garantizar coherencia entre los instrumentos de análisis y los objetivos de investigación, la sistematización de los resultados se realizará siguiendo esta ruta:

- 1. Organización de la información:** Se recopilan y clasifican los pasajes relevantes de la novela según las categorías de análisis (lenguaje literario, territorio y género).
- 2. Codificación y análisis temático:** Las citas y ejemplos se agrupan bajo categorías principales, lo que permite reconocer patrones de representación dentro de la obra.
- 3. Interpretación y discusión:** Los hallazgos se contrastan con el marco conceptual, lo que asegura una argumentación sólida en torno a la relación entre literatura, factores externos y autopercepción de la protagonista.
- 4. Elaboración de conclusiones:** Se sintetizan los principales aportes de la investigación, destacando el papel de la novela en la representación de la autopercepción.

Esta metodología garantiza un análisis riguroso y coherente con los objetivos planteados, proporcionando una comprensión integral de la temática abordada en *La casa en Mango Street*.

3.3. Limitaciones de la investigación

3.3.1. Consideraciones éticas

Aunque esta investigación se enmarca en un estudio monográfico de carácter cualitativo, centrado únicamente en el análisis literario de *La casa en Mango Street* de Sandra Cisneros y sin recurrir a trabajo de campo ni recolección de datos personales, es importante señalar algunas limitaciones. La primera tiene que ver con la ausencia de herramientas como encuestas o entrevistas que hubieran permitido contrastar la interpretación literaria con la experiencia de lectores o comunidades. La segunda limitación está en el hecho de circunscribirse de manera exclusiva al análisis textual, lo que deja de lado posibles aproximaciones interdisciplinarias que podrían enriquecer el estudio. Finalmente, existe el riesgo de caer en lecturas que, de manera no intencionada, reproduzcan estereotipos o distorsionen el sentido original de la obra. Este aspecto exige un ejercicio crítico constante y una interpretación responsable de las voces y experiencias representadas en la novela.

3.4 Contextualización histórica y sinopsis

3.4.1 Voces chicanas: biografía y contexto histórico

Sandra Cisneros (Chicago, 1954) es una escritora mexicoamericana considerada una de las principales exponentes de la literatura chicana. Su formación incluye estudios en literatura inglesa en la Universidad Loyola de Chicago y una maestría en escritura creativa en la Universidad de Iowa, además de una beca del *National Endowment for the Arts* en 1982. Las experiencias de Sandra Cisneros como mujer latina y bilingüe en Estados Unidos son el punto de partida de su escritura. En sus textos se siente cómo lo personal se convierte en colectivo: habla de lo que significa vivir entre dos culturas, enfrentar la marginalización, el desarraigo y las tensiones de crecer en un territorio que nunca termina de sentirse propio. Lo que hace especial su

obra es que le da voz a quienes normalmente no la tienen: mujeres, inmigrantes y familias latinas que cargan con estereotipos pero que también resisten a ellos. *La casa en Mango Street* es, sin duda, su obra más representativa porque logra transmitir desde la mirada de una joven la forma en que el lenguaje, el barrio y las normas sociales atraviesan la manera en que se percibe a sí misma y entiende su lugar en el mundo.

Cuando la novela apareció en 1983, lo hizo en un contexto profundamente marcado por el Movimiento Chicano de los sesenta y setenta, que no solo luchó por los derechos civiles de los mexicoamericanos, sino que también reivindicó el orgullo de nombrarse chicano como una forma de afirmar la cultura y la historia propia (Acuña, 2015). Este movimiento permitió cuestionar las narrativas dominantes que invisibilizaban a las comunidades latinas y abrió espacios de expresión política, artística y literaria. En consecuencia, la literatura se convirtió en un instrumento para reconstruir la autopercepción colectiva frente a la discriminación histórica.

En este escenario, *La casa en Mango Street* ofrece una representación de la experiencia hispana en un barrio de Chicago, donde confluyen la herencia mexicana y la sociedad estadounidense. A través de la protagonista, Esperanza Cordero, Cisneros presenta cómo los lazos familiares y comunitarios son, a la vez, soporte y conflicto en la configuración de la autopercepción. El espacio del barrio se convierte en un microcosmos de la experiencia migrante, donde se manifiestan las tensiones entre lengua, género, clase y territorio (Anzaldúa, 1987).

3.4.2 Sinopsis de *La casa en Mango Street*

El nombre original de la novela es “The house on Mango Street” narra la vida de Esperanza Cordero, una joven latina que crece en un barrio humilde de Chicago. A través de una

serie de breves momentos, Esperanza describe a las personas, los lugares y las experiencias que configuran su entorno, mientras toma conciencia sobre sí misma y transmite sus deseos de dejar Mango Street e ir en busca de una vida diferente.

La novela utiliza lenguaje poético y directo por medio de los cuales aborda temas como la autopercepción, el hogar, el género y la cultura, mostrando las tensiones entre el deseo de pertenencia y la necesidad de escapar para forjar un futuro propio. A medida que Esperanza observa y cuestiona su entorno, va desarrollando su voz y su perspectiva del mundo, reconociendo los desafíos y oportunidades que le permiten adquirir un rol y construirse a sí misma a partir de las experiencias adquiridas en la comunidad y en la familia.

Capítulo IV: Análisis de la obra

En este capítulo se presentan las unidades de análisis seleccionadas provenientes de la obra *La casa en Mango Street*, cada una de ellas vinculada con los objetivos específicos de la investigación. Estas unidades se organizaron considerando los fragmentos más representativos del texto, los cuales fueron sometidos a un análisis detallado en relación con las variables establecidas. El lector encontrará, entonces, pasajes concretos de la obra acompañados de su respectivo análisis y su articulación con el marco conceptual que sustenta el estudio. Los objetivos que orientan este proceso se enuncian en la siguiente tabla:

Figura 1

Matriz de análisis de la información

Delimitación de la propuesta		
La casa en Mango Street representa la construcción del “Yo” a través del lenguaje, la territorialidad y el género, evidenciando las dinámicas de autopercepción en contextos de migración y exclusión social.		
Objetivo general		
Analizar la configuración de autopercepción presente en la novela <i>La casa en Mango Street</i> de Sandra Cisneros a través de las nociones de lenguaje literario, territorio y género desde la investigación narrativa.		
Objetivo Específico #1	Objetivo Específico #2	Objetivo Específico #3
Identificar cómo el lenguaje literario contribuye a la construcción de autopercepción en la novela <i>La casa en Mango Street</i> .	Explorar la relación entre la percepción del territorio y la autopercepción en la novela.	Contrastar la influencia del género en la formación de la autopercepción en la novela <i>La casa en Mango Street</i>
Lenguaje literario	Territorio	Género
Recursos estilísticos y simbolismos en la construcción del Yo	El barrio como frontera física y simbólica	Construcción de la feminidad en la novela
Estructura fragmentada, analepsis y prolepsis	El cuerpo como territorio de control y resistencia	Expectativas de género y su impacto en la autopercepción
Polisemia y bilingüismo: conflicto y resistencia	El hogar y la casa como espacios de pertenencia	Violencia simbólica y opresión de género

4.1 Recursos estilísticos y simbolismos en la construcción del Yo

El lenguaje literario en *La casa en Mango Street* opera como un dispositivo de autoconstrucción, donde recursos como la metáfora, el símil, la anáfora, la aliteración y la estructura fragmentada reflejan la complejidad de la autopercepción en contextos migratorios. A

nivel macro, estos elementos no solo ornamentan el texto, sino que configuran un sistema simbólico que articula la autopercepción de Esperanza.

4.1.1 Metáfora

“Soy **un globo rojo, un globo atado a un ancla.**” (Cap. Niños y niñas. p. 8)

Esta metáfora revela la tensión interna de Esperanza: por un lado, el impulso de elevarse y ser libre; por otro, la carga que la retiene en un lugar que no corresponde con sus anhelos. El lenguaje poético no describe una situación externa, sino que condensa en una sola imagen el modo en que la narradora se percibe a sí misma en relación con su entorno.

La fuerza de la metáfora radica en que no se limita a adornar el discurso, sino que transforma la experiencia en un signo capaz de comunicar una vivencia interior. Ricoeur (1980) sostiene que la metáfora organiza la comprensión del mundo desde lo simbólico, y aquí esa organización permite expresar una contradicción íntima que de otra forma quedaría silenciada. Al mismo tiempo, la voz de Esperanza no se presenta como aislada; se abre a la polifonía que Bajtín (2001) reconoce en la literatura, donde la experiencia personal entra en diálogo con significados culturales más amplios.

4.1.2 Anáfora

“**No** un piso. **No** un departamento interior. **No** la casa de un hombre. **Ni** la de un papacito.” (Cap. Una casa propia, p. 49)

Aquí la repetición de la negación “No” se convierte en un acto de delimitación y resistencia. La anáfora funciona como un martilleo que borra, una y otra vez, las opciones de vivienda que no responden al deseo de Esperanza. Al insistir en lo que no quiere, la narradora dibuja el contorno de lo que anhela: una casa propia, auténtica, distinta a las impuestas por la precariedad económica o la dependencia de figuras masculinas.

Este uso de la repetición conecta con lo que Freire (1999) afirma sobre el lenguaje como herramienta de transformación: nombrar críticamente la realidad es el primer paso para transformarla. La insistencia de Esperanza al repetir el “No”, no es una simple negación, sino la afirmación de una subjetividad que se niega a aceptar las limitaciones heredadas. La anáfora se convierte, en la manera de configurar su autopercepción como alguien con la capacidad de decir y decidir.

4.1.3 Estructura fragmentada, analepsis y prolepsis

"**Una vez, cuando vivíamos** en Loomis, pasó una monja de la escuela y me vio jugando enfrente... ¿Dónde vives?, preguntó. Allí, dije señalando arriba al tercer piso. (...) ¿Vives allí? El modito en que lo dijo me hizo sentirme una nada. " (Cap. La casa en Mango Street, p. 7)

La analepsis permite a la narradora volver a un recuerdo decisivo de su infancia: cuando una monja la confronta con la precariedad de su vivienda y la hace sentir “una nada”. Este episodio no es solo anecdótico, sino que marca el origen del deseo de tener una casa distinta, un espacio digno que pueda señalar con orgullo. La vergüenza experimentada se convierte en semilla de una autopercepción que combina dolor y aspiración.

El recurso funciona como justificación, pues el pasado explica el presente y proyecta el futuro de Esperanza. Como señalan Ricoeur (1996) y Bajtín (1995), la narración otorga temporalidad y hace convivir voces distintas; en este caso, la voz infantil dialoga con la voz madura. Así, la analepsis muestra cómo un hecho aparentemente menor se convierte en detonante de la trayectoria vital de Esperanza: la búsqueda de una casa propia que represente dignidad y afirmación.

Era el nombre de mi bisabuela y ahora es mío... Me habría gustado conocerla, **un caballo salvaje de mujer**, tan salvaje que no se casó sino hasta que mi bisabuelo la echó de cabeza a un costal y así se la llevó nomás... Dice la historia que ella jamás lo perdonó. Toda su vida **miró por la ventana hacia afuera**, del mismo modo en que muchas mujeres apoyan su tristeza en su codo... Heredé su nombre, **pero no quiero heredar su lugar junto a la ventana**. (Cap. Mi nombre, p. 8)

Este fragmento utiliza la analepsis para recuperar la historia de la bisabuela y mostrar cómo el género condicionó su vida. La metáfora de “un caballo salvaje de mujer” sugiere fuerza y rebeldía, pero se contrapone al sometimiento matrimonial y a la imagen de “mirar por la ventana”, símbolo de encierro. No es solo un recuerdo familiar, sino un espejo que enfrenta a Esperanza con un destino que rechaza. La frase final —“no quiero heredar su lugar junto a la ventana”— introduce una prolepsis que funciona como declaración de futuro y acto de resistencia.

El lenguaje literario aquí contribuye directamente a la construcción de autopercepción. La narradora se distancia del legado de su bisabuela mediante imágenes y desplazamientos temporales. Butler (1990) explica que el género se sostiene en actos repetidos, y Esperanza rompe esa cadena al decidir que su historia será distinta. De Beauvoir (1949) resalta que la condición femenina se construye, no se impone, lo que se refleja en su decisión de no repetir ese destino. El recurso de la analepsis le permite traer un pasado que pesa, y la prolepsis proyecta la posibilidad de un futuro otro; así, Cisneros muestra que la autopercepción de Esperanza se forja precisamente en el contraste entre lo heredado y lo que ella decide reescribir con su voz.

4.1.4 Adjetivación

“El pelo de mi madre... es de **rositas en botón**, como **rueditas de caramelo** todo **rizado y bonito**.” (Cap. Pelos, p. 7)

En este fragmento, la adjetivación construye la dimensión afectiva que Esperanza proyecta sobre su madre. Palabras como “rizado” y “bonito” van más allá de la descripción física, transmitiendo ternura y seguridad. Así, el cabello materno se convierte en un símbolo de cercanía emocional.

Las metáforas “rositas en botón” y “rueditas de caramelo” amplían esta percepción al generar un universo sensorial que une lo visual y lo gustativo. De acuerdo con Coseriu (1977), los adjetivos expresan la subjetividad del hablante, y en este caso, revelan cómo Esperanza interpreta el mundo a través de la figura materna. De este modo, la adjetivación consolida la autopercepción de Esperanza en su vínculo con la madre. La descripción confirma que su desarrollo personal se alimenta de los gestos de cariño y del sentido de pertenencia que ella encarna.

“Pero la casa de Mango Street no es de ningún modo como ellos la contaron. Es **pequeña** y roja, con escalones **apretados** al frente y unas ventanitas tan chicas que **parecen guardar su respiración**” (Cap. La casa en Mango Street, p. 7)

En la descripción de la casa de Mango Street, la adjetivación funciona como un contraste frente a las expectativas de un hogar ideal. Términos como “pequeña”, “roja” y “apretados” no solo señalan rasgos físicos, sino que evocan precariedad y limitación. Según Barthes (1987), el adjetivo orienta la interpretación del lector, y en este caso, evidencia la desilusión de Esperanza: lo material condiciona su percepción de pertenencia y bienestar.

La frase “ventanitas tan chicas que parecen guardar su respiración” intensifica la sensación de encierro. Los diminutivos remarcan fragilidad, mientras que la metáfora de la respiración contenida proyecta un espacio sin libertad. Retomando a Bajtín (1982), la voz literaria revela cómo la opresión material se vuelve simbólica. Así, los adjetivos y las imágenes condensan la experiencia vital de Esperanza: un hogar que transmite carencia más que refugio y que moldea su autopercepción desde la insatisfacción y el deseo de otro lugar.

4.1.5 Hipérbole

"Yo no soy **espartana** y levanto una anémica muñeca para probarlo. Ni siquiera puedo **inflar un globo sin marearme.**" (Cap. Un sándwich de arroz, p. 22)

En este fragmento, la hipérbole funciona como un recurso para resaltar la autopercepción de fragilidad de Esperanza. La exageración de levantar una “anémica muñeca” o marearse al inflar un globo no busca literalidad, sino marcar la distancia entre su debilidad y la fuerza heroica de los “espartanos”. El contraste refuerza cómo la narradora se percibe a sí misma frente a modelos de fortaleza admirados.

Este recurso permite que lo subjetivo se imponga sobre lo descriptivo. Más que hablar de su cuerpo, Esperanza proyecta su vivencia de vulnerabilidad. En este sentido, el lenguaje se convierte en un medio que revela emociones y experiencias más allá de la simple descripción de la realidad.

Como señala Coseriu (1977), los recursos expresivos no solo nombran, sino que muestran la postura del hablante frente al mundo. Así, la hipérbole enfatiza en cómo Esperanza se distancia de los estereotipos de resistencia, reafirmando su forma particular de concebirse en el entorno.

4.1.6 Polisemia y bilingüismo: conflicto y resistencia

"En inglés mi nombre quiere decir **esperanza**. En español quiere decir demasiadas letras. Quiere decir tristeza. Quiere decir espera." (Cap. Mi nombre, p. 8)

El nombre de la protagonista se convierte en un campo polisémico en el que confluyen significados contrapuestos. Mientras que en inglés su traducción literal evoca la esperanza, en español se carga de matices negativos como la tristeza o la espera, proyectando así una tensión entre lo que se anhela y lo que se padece. Esta pluralidad de sentidos revela cómo Esperanza se piensa a sí misma atrapada entre posibilidades: por un lado, la promesa de un futuro luminoso, y por otro, el peso de una herencia que percibe como limitante. El lenguaje abre un espacio donde la subjetividad se fragmenta y se reconstruye a la vez, pues cada acepción le impone una mirada distinta sobre sí misma. Tal como advierte Ricoeur (1975), el sentido de las palabras nunca se agota en su denotación inmediata, sino que se expande hacia connotaciones que amplifican la experiencia humana. En este caso, la polisemia del nombre encarna la oscilación entre destino y deseo que estructura la voz de la narradora.

"Marín o Marís o algo así... canta y canta la misma canción tronando los dedos: **Apples, peaches, pumpkin, pa-ay You're in love and so am ah-ay.**" (Cap. Louie, su prima y su primo, p. 13)

En este pasaje, el bilingüismo aparece como un recurso narrativo que no se limita a mostrar un cambio de lengua, sino que evidencia la hibridez cultural que atraviesa la vida de los personajes. La inserción de la canción en inglés dentro de un relato en español reproduce la experiencia cotidiana de una comunidad latina en Estados Unidos, donde ambas lenguas coexisten y se entrelazan. Lo significativo no es solo la alternancia lingüística, sino cómo esa mezcla se convierte en parte del tejido afectivo y expresivo: cantar en inglés no desplaza el

español, sino que lo acompaña, generando un ritmo particular que revela la convivencia de mundos distintos en la voz de Marín.

Este uso del bilingüismo da cuenta de un espacio identitario marcado por el mestizaje lingüístico. La narración no traduce ni explica, porque no hay necesidad de justificar el inglés ante el lector: la coexistencia de lenguas es natural. Tal fenómeno, como señala Anzaldúa (1987), expone la tensión y la riqueza de quienes habitan “las fronteras”, pues el lenguaje mismo se convierte en reflejo de un cruce cultural permanente. Así, la voz de Esperanza, al incluir estas irrupciones del inglés, pone en evidencia que su mundo está hecho de superposiciones, donde cada lengua no solo comunica, sino que carga con memorias, aspiraciones y afectos.

4.1.7 Connotación

"Tú **siempre serás** Esperanza. Tú **siempre serás** Mango Street. No puedes borrar lo que sabes. No puedes olvidar quién eres." (Cap. Las tres hermanas, p. 48)

Este fragmento muestra cómo la connotación de su nombre y del lugar le otorga un sentido profundo a la manera en que la narradora se concibe. La repetición de “siempre” funciona como una sentencia que subraya la permanencia de un lazo inquebrantable. Si antes Esperanza asociaba su nombre con tristeza y lo rechazaba, en este pasaje ocurre una resignificación: el nombre deja de ser un signo que pesa y se convierte en un legado ligado a la memoria compartida. Barthes (1987) explica que la connotación amplía los significados de un signo al incorporar valores culturales y afectivos, y aquí esa operación semiótica convierte el nombre en un recordatorio de pertenencia y de continuidad. La voz de las hermanas resignifica la manera en que Esperanza se percibe, revelándole que lo que sabe y lo que ha vivido no pueden borrarse, pues son una parte esencial de su modo de estar en el mundo.

"Soy demasiado **fuerte** para que me retenga. Un día me iré... me he ido para volver, volver por los que se quedaron. Por los que no." (Cap. A veces Mango dice adiós, p. 50)

La connotación de fuerza y retorno en este pasaje revela la transformación de la protagonista, quien ya no se concibe como frágil o contenida, sino como alguien con la capacidad de superar lo que antes la limitaba. La afirmación "soy demasiado fuerte" no alude a lo corporal, sino a la convicción de poseer un impulso vital capaz de proyectarla más allá de Mango Street. La promesa de regresar introduce, además, una dimensión ética: la partida no aparece como huida, sino como preparación para acompañar a quienes permanecen. Ricoeur (2001) sostiene que el lenguaje simbólico amplía el campo de lo decible y permite expresar lo que no puede decirse de manera directa. De esta manera, la fuerza nombrada se convierte en una forma de transformar la experiencia íntima en un compromiso colectivo. Esperanza ya no se ve atrapada por su entorno, sino fortalecida por él, capaz de marcharse y volver con el propósito de sostener a los demás.

4.2 El territorio geográfico como matriz de la autopercepción

En *La casa en Mango Street*, el territorio trasciende su dimensión física para convertirse en un espacio simbólico donde se negocian autopercepciones, expectativas y violencias. A través de tres ejes analíticos el barrio como prisión social, el cuerpo como territorio feminizado, y el hogar como espacio contradictorio, Cisneros explora cómo la geografía moldea la autopercepción en contextos de marginalidad.

4.2.1. El barrio como frontera física y simbólica

Quiero una casa en una colina como aquéllas con los jardines donde trabaja Papá... Lo que no les digo es que me da vergüenza –todos nosotros mirando por la ventana como **los**

hambrientos. Estoy harta de **ver y ver lo que no puedo tener.** (Cap. Vagabundos en el ático, p. 41)

Este fragmento muestra con claridad cómo el territorio determina la manera en que Esperanza se concibe a sí misma. La comparación entre el barrio que habita y las colinas donde se encuentran las casas grandes pone en evidencia una fractura que ella vive como vergüenza y hartazgo. Lo que más pesa no es la distancia física, sino el contraste entre lo que observa a través de la ventana y lo que nunca logra alcanzar. Al describirse como parte de “los hambrientos”, Esperanza interioriza el territorio como un recordatorio constante de carencia, lo que transforma su autopercepción en una experiencia de exclusión y límite.

La narración no solo enuncia dónde vive, sino que muestra cómo el paisaje mismo se vuelve un espejo de desigualdad. Esa sensación de estar abajo mirando hacia arriba intensifica la frustración, porque el espacio exterior encarna lo que ella desea y no posee. En este punto, mi análisis se confirma con lo que distintos teóricos han señalado: Tuan (1977) resalta que los lugares cargan significados emocionales, Massey (2005) advierte que el espacio refleja relaciones de poder y Appadurai (1996) recuerda que los territorios son escenarios donde se entrecruzan deseos y restricciones. Sin embargo, lo central aquí no son sus afirmaciones, sino la forma en que Esperanza se percibe atrapada en un territorio que la avergüenza y la sitúa siempre como espectadora de un mundo al que no pertenece.

"Los que no saben llegan a nuestro barrio asustados. **Creen que somos peligrosos.** Piensan que los vamos a asaltar con navajas brilladoras. Son tontos que se han perdido y **caen aquí por equivocación.**" (Cap. Los que no, p. 15)

Este pasaje revela cómo el territorio marca la autopercepción de los habitantes de Mango Street no solo por lo que viven en su interior, sino por la imagen que los demás proyectan sobre él. Los “que no saben” llegan con miedo, convencidos de que entran en un espacio peligroso, y esa mirada externa convierte a los vecinos en sospechosos permanentes. Para Esperanza, el barrio funciona como una frontera simbólica que la sitúa en el lugar de la amenaza, aun cuando su experiencia cotidiana esté lejos de esa representación.

La narración evidencia cómo el estigma territorial moldea la autopercepción de Esperanza: siente fastidio hacia quienes “caen por equivocación”, pero también asume las etiquetas impuestas a su barrio. Anzaldúa (1987) señala que las fronteras son culturales y emocionales, y Mango Street funciona como límite que genera recelo y separación. Fanon (1961) explica que los espacios estigmatizados se convierten en símbolos de inferioridad social, mientras que Acuña (2015) muestra que la experiencia chicana ha sido construida en el imaginario dominante como marginal. Así, Cisneros no solo describe un barrio, sino que expone cómo el territorio se convierte en un espejo deformado que condiciona la autopercepción de la protagonista y su comunidad.

"No, dice Alicia. Te guste o no, **tú eres Mango Street**, y algún día tú también volverás."
(Cap. Alicia y yo charlamos en los escalones de Edna, p. 49)

En este pasaje, el lenguaje literario condensa la tensión más profunda de la narradora: el deseo de escapar del barrio y la certeza de que ese territorio ha moldeado su manera de ser. Alicia le recuerda a Esperanza que, por más que insista en negarlo, “ella es Mango Street”, es decir, que el lugar no es solo un espacio físico, sino un componente inseparable de su autopercepción. La afirmación funciona como una sentencia que la ancla al territorio, pues la

promesa de regresar no es voluntaria, sino inevitable, inscrita en la memoria y en la experiencia compartida.

La escena revela que el territorio no desaparece: permanece en la narradora como huella que condiciona su presente y proyecta su futuro. Mango Street deja de ser solo un barrio para convertirse en símbolo de límites y posibilidades. Esto coincide con Appadurai (1996), quien entiende el territorio como espacio donde convergen aspiraciones y restricciones, algo que se refleja en la voz de Alicia al recordarle a Esperanza que, aunque sueñe con irse, el barrio seguirá siendo su punto de referencia. De forma similar, Tuan (1977) plantea que los lugares están cargados de significados emocionales, y aquí Mango Street constituye una raíz imposible de negar. Fanon (1961) permite comprender este vínculo al mostrar que los territorios estigmatizados terminan formando parte de la autopercepción de quienes los habitan, incluso si buscan liberarse de ellos. Por ello, el pasaje no anuncia solo un regreso físico, sino una verdad más profunda: el territorio vivido permanece en la autopercepción de Esperanza, acompañándola como marca imborrable más allá de la distancia y del tiempo.

4.2.2. El cuerpo como territorio de control y resistencia

Pero lo más importante es que **las caderas son científicas**, sigo yo, repitiendo lo que Alicia ya me dijo. Por los huesos puedes saber si un esqueleto es de hombre o de mujer. **Florece como las rosas**, le sigo porque obviamente soy la única que puede hablar con alguna autoridad; la ciencia está de mi lado. **Los huesos un buen día se abren**. (Cap. Caderas, p. 24).

En este pasaje, el cuerpo aparece como territorio donde confluyen lo biológico y lo social. Esperanza, con un tono casi “científico”, afirma que las caderas marcan la diferencia entre

hombres y mujeres, lo que revela que ese cambio físico trae consigo expectativas sociales. La metáfora de “florecer como las rosas” suaviza lo biológico, pero también lo presenta como un signo de destino impuesto, mostrando la tensión entre curiosidad infantil y conciencia cultural.

La autopercepción de Esperanza se articula desde la corporalidad, entendida como espacio atravesado por fuerzas biológicas y significados sociales. Merleau-Ponty (2005) señala que el cuerpo es el punto cero de la experiencia, mientras Estupiñán y Agudelo (2008) lo reconocen como territorio simbólico de representaciones culturales. En la misma línea, Tuan (1977) recuerda que los lugares —incluido el cuerpo vivido— adquieren significados sociales, de modo que Cisneros convierte la transformación biológica en metáfora de transición y conciencia emergente.

Miré mis pies dentro de sus **calcetines blancos** y sus feos **zapatos boludos**. **Parecían estar muy lejos**. Parecía que **ya no eran mis pies**. Y el **jardín** en el que había sitio tan bueno para jugar **ya tampoco era mío**. Payasos rojos. Mentiste, Sally. **No fue lo que tú dijiste que era. Lo que hizo. Donde me tocó. Yo no lo quise**, Sally. Del modo en que lo dijeron, del modo que debe de ser, todos los libros de cuentos y las películas, ¿por qué me mintieron? (Cap. El jardín del mono, p. 46).

En este fragmento, el trauma se narra a través de la distancia entre la conciencia de Esperanza y su propio cuerpo. Los pies, enmarcados en “calcetines blancos” y “zapatos boludos”, ya no le pertenecen: se ven “muy lejos”, ajenos, extraños. El lenguaje literario evita describir directamente el abuso y en su lugar utiliza imágenes de despersonalización, donde el cuerpo se convierte en un objeto inerte, despojado de control. La asociación con el espacio —“el

jardín ya tampoco era mío”— refuerza esta sensación: el territorio que antes era lugar de juego y pertenencia se convierte en un escenario marcado por la pérdida y el despojo.

Entre líneas, se advierte la disonancia entre lo que Esperanza esperaba y lo que realmente vivió. La mención a Sally introduce la dimensión de la traición: la amiga había descrito la experiencia como algo natural o incluso deseable, pero el resultado es un acto de invasión que la narradora no quiso. Aquí, el lenguaje fragmentado (“Lo que hizo. Donde me tocó. Yo no lo quise, Sally.”) transmite la dificultad de poner en palabras lo ocurrido. Se trata de un discurso quebrado, que revela cómo el trauma afecta no solo el cuerpo, sino también la narración: la sintaxis rota refleja la imposibilidad de articular plenamente la experiencia.

Finalmente, la referencia a los “libros de cuentos y las películas” muestra la confrontación con un imaginario cultural que prometía romanticismo y ternura, pero que se revela como una mentira cruel. La autopercepción de Esperanza se fractura en este choque entre lo esperado y lo vivido: descubre que el mundo adulto no es lo que se le había enseñado, sino un espacio donde su cuerpo puede ser violentado y reducido al silencio. Como señala Fanon (1961), los cuerpos sometidos a la violencia pierden su centralidad como soporte de la experiencia y se convierten en territorios colonizados; del mismo modo, Estupiñán y Agudelo (2008) recuerdan que los territorios simbólicos de pertenencia pueden ser arrebatados, y aquí el cuerpo y el jardín funcionan como lugares ya no propios. El fragmento revela que el trauma no solo quebró la confianza en su cuerpo, sino también en las narrativas culturales que habían dado forma a su mundo.

"Mi madre dice que cuando yo crezca mi **pelo polvoriento** se aplacará y mi blusa aprenderá a mantenerse limpia, pero he decidido no crecer mansita como las otras, que **ponen su cuello en la tabla de picar** en espera de la cuchilla." (Cap. Bella y cruel, p. 41).

Este pasaje condensa uno de los momentos más poderosos de afirmación en la novela: Esperanza decide no aceptar la pasividad que observa en otras mujeres de su entorno. El lenguaje literario recurre a una imagen contundente —“poner el cuello en la tabla de picar”— para representar la sumisión como destino, y de inmediato la rechaza. La narradora afirma que ha “decidido” no crecer de esa forma, lo que convierte esta frase en un acto de agencia: un pronunciamiento en el que se rehúsa a ceder su cuerpo y su futuro a la resignación. La autopercepción se reconstruye aquí como fuerza, como resistencia activa frente a un modelo impuesto.

La resiliencia se hace visible en la manera en que el cuerpo es resignificado. El pelo “polvoriento” y la blusa sucia —atributos asociados a la infancia— son leídos por la madre como defectos que se corregirán con el crecimiento, pero Esperanza subvierte esa interpretación: crecer no será adaptarse a las expectativas, sino oponerse a ellas. De esta forma, el cuerpo se transforma en un territorio de resistencia, donde lo biológico y lo social se cruzan, pero no determinan del todo la trayectoria de la protagonista. Lo que Anzaldúa (1987) plantea sobre las fronteras cobra aquí relevancia: Esperanza habita un límite simbólico, pero en lugar de ceder a él, lo transforma en un espacio de afirmación.

Además, este pasaje refleja que la autopercepción no es estática, sino producto de un ejercicio constante de agencia. Como sugiere Cepeda (2018), los espacios —ya sean geográficos o simbólicos— se vuelven marcos de apropiación, y Esperanza se apropia de su cuerpo como

territorio para marcar distancia frente a la pasividad aprendida. Incluso Massey (2005) recuerda que los lugares siempre están cargados de significados sociales y políticos: aquí, el cuerpo mismo se convierte en lugar donde se disputa esa carga, y la decisión de no “poner el cuello en la tabla de picar” encarna la resistencia frente a un destino colectivo. En este fragmento, Cisneros muestra que la resiliencia no se enuncia como consuelo, sino como desafío, como la construcción activa de una autopercepción en la que el cuerpo se erige en espacio de dignidad y libertad.

4.2.3. El hogar y la casa como espacios de pertenencia

Vives exactamente aquí, 4006 Mango Street, dice Alicia y señala la casa que me avergüenza. **No, ésta no es mi casa**, digo yo y sacudo mi cabeza como si con sacudirla pudiera borrar el año que he vivido allí. Yo no soy de aquí. No quiero nunca querer ser de aquí. (Cap. Alicia y yo charlamos en los escalones de Edna, p. 48).

En este pasaje, Esperanza articula una negación consciente y repetida frente al territorio que habita. La mención exacta de la dirección “4006 Mango Street” encarna la concreción del lugar como una marca de pertenencia, pero la narradora lo rechaza de manera explícita: “no, ésta no es mi casa.” El gesto de sacudir la cabeza simboliza el deseo de borrar un pasado que siente impuesto, como si negar físicamente pudiera alterar la realidad. El lenguaje enfatiza su determinación a no aceptar Mango Street como parte de sí, construyendo así una autopercepción definida más por la negación del presente que por la afirmación de un lugar propio.

Lo relevante de este rechazo es que no solo implica una casa concreta, sino un territorio que Esperanza asocia con vergüenza y limitación. Como explica Anzaldúa (1987), las fronteras materiales y simbólicas son espacios de conflicto, y aquí Mango Street se convierte en una frontera que Esperanza quiere atravesar para redefinir su vida. Fanon (1961) ayuda a entender

este gesto al mostrar cómo los sujetos oprimidos buscan desmarcarse de territorios que cargan con estigmas sociales; rechazar Mango Street es, entonces, resistir al peso de una geografía que condiciona su lugar en el mundo. Appadurai (1996) recuerda que el territorio se entrelaza con deseos y restricciones, y en este caso, la autopercepción de Esperanza se forja en la tensión entre un presente que niega y un futuro que proyecta.

De este modo, el fragmento revela que la autopercepción de Esperanza no se construye únicamente desde la apropiación de un territorio, sino también desde su rechazo. La decisión de no aceptar Mango Street como “su casa” no es solo una negación, sino el primer paso hacia una agencia personal que busca construir un hogar distinto, libre de la vergüenza que la persigue en su presente.

Hogar. Hogar. Hogar es una casa en una fotografía, una casa color de rosa, rosa como geranio con un chorro de luz azorada. El hombre pinta de color de rosa las paredes de su departamento, **pero no es lo mismo**, sabes. Todavía suspira por su casa color de rosa y entonces, creo, se pone a chillar. **Yo también lloraría.** (Cap. No speak English, p. 37)

Este pasaje condensa el drama de Mamacita, cuyo “hogar” no coincide con el espacio que habita en Mango Street, sino con la imagen idealizada de la casa rosa que dejó atrás. La triple repetición de la palabra “Hogar” marca una insistencia nostálgica, como si al evocarla intentara mantener vivo un lugar que solo existe en la memoria. El intento del marido por pintar las paredes de su departamento revela la distancia entre el presente y lo que Mamacita considera un verdadero hogar: la imitación nunca puede sustituir la plenitud que ella asocia con el pasado. La autopercepción de Mamacita se articula, entonces, desde la imposibilidad: el territorio actual se convierte en un espacio de tristeza, incapaz de otorgar pertenencia emocional.

La narración adquiere un matiz aún más profundo con la frase final: “Yo también lloraría.” Aquí la voz de Esperanza trasciende la distancia entre observadora y narradora, revelando empatía por la imposibilidad de reconciliar el presente con el recuerdo. El hogar no es solo un lugar físico, sino un territorio simbólico cargado de afectos, y en ese sentido, la tristeza de Mamacita encarna lo que Anzaldúa (1987) describe como el choque de fronteras: habitar un espacio que nunca llega a sentirse propio. Fanon (1961) ayuda a comprender el dolor como producto del desarraigo, que aliena tanto al cuerpo como a la mente, mientras Galeano (1971) muestra cómo la pérdida del territorio es también una herida histórica de desposesión. Así, el llanto de Mamacita —compartido en la voz solidaria de Esperanza— se convierte en un testimonio de lo que significa vivir en un territorio que nunca se vuelve hogar, una pertenencia siempre incompleta.

“Me gusta contar cuentos... lo que más recuerdo es Mango Street, triste casa roja, **la casa a la que pertenezco sin pertenecerle.**” (Cap. A veces Mango dice adiós, p. 50)

En esta frase, Esperanza sintetiza la paradoja que ha atravesado toda su experiencia: la pertenencia inevitable a un territorio que a la vez rechaza. El adjetivo “triste” define a Mango Street como un lugar cargado de limitaciones y memorias dolorosas, pero al mismo tiempo se reconoce en él como su punto de origen. Decir que “pertenece sin pertenecerle” revela un quiebre profundo en su autopercepción: Mango Street no es solo una dirección, es un territorio simbólico que la moldea, aun cuando ella se resiste a aceptarlo como destino. El lenguaje literario condensa aquí la ambivalencia entre arraigo y desarraigo, mostrando que el hogar puede ser simultáneamente refugio y cárcel.

Este cierre refleja que la autopercepción de Esperanza se sostiene en la contradicción: no puede borrar Mango Street, pero tampoco puede dejar que la defina por completo. Como recuerda Anzaldúa (1987), las fronteras son espacios donde conviven tensiones irreconciliables; Mango Street funciona como esa frontera que marca quién es y al mismo tiempo de qué quiere escapar. Massey (2005) señala que los lugares están cargados de significados sociales y políticos, y en este caso Mango Street encarna tanto la memoria colectiva como el estigma que la impulsa a salir. Cepeda (2018) añade que el territorio solo se convierte en pertenencia cuando genera apropiación, y aquí Esperanza reconoce el vínculo, pero insiste en no apropiarse de él como su destino.

La fuerza de este pasaje radica en que encapsula el viaje de Esperanza: de la vergüenza y el rechazo hacia una autopercepción marcada por la conciencia crítica de su origen. “Pertenece sin pertenecer” no es una contradicción vacía, sino la expresión de su agencia: aceptar Mango Street como raíz, pero no como condena. Esta ambivalencia se convierte en motor de transformación, pues solo desde el reconocimiento del territorio que la limita puede proyectar la búsqueda de un lugar distinto donde reinventarse y reclamar su voz.

4.3. El género como frontera simbólica en la configuración de la autopercepción

El análisis del género en *La casa en Mango Street* permite comprender cómo este se convierte en una frontera simbólica que delimita, restringe y, al mismo tiempo, desafía la autopercepción de las mujeres en el relato. A lo largo de la novela, Esperanza y otras figuras femeninas enfrentan expectativas culturales que buscan definir su valor en función de la belleza, la domesticidad o la obediencia, configurando la feminidad como un aprendizaje marcado por la segregación y la violencia simbólica. Sin embargo, estas fronteras no son inamovibles: la

narradora muestra cómo el rechazo, la resistencia y la agencia abren la posibilidad de construir nuevas formas de ser y de pensarse a sí mismas, cuestionando las estructuras de género que las confinan.

4.3.1. Construcción de la feminidad en la novela

Los niños y las niñas viven en mundos separados. Los niños en su universo y nosotras en el nuestro. Por ejemplo mis hermanos, adentro de la casa tienen mucho que decirnos a mí y a Nenny. Pero **afuera nadie debe verlos hablar a las niñas.** (Cap. Niños y niñas, p. 8).

En este fragmento, la construcción de la feminidad aparece en su etapa más temprana: el aprendizaje de que las niñas y los niños no habitan el mismo mundo. El lenguaje deja clara una división radical: adentro de la casa se permite el diálogo, pero afuera, en el espacio público, se impone la regla de la invisibilidad. Para Esperanza, esto significa descubrir que su voz y su lugar social están condicionados por normas que privilegian la camaradería masculina mientras relegan a las niñas a un rol interno y silenciado. Así, el aprendizaje de ser mujer comienza no con la libertad de compartir, sino con la experiencia de ser excluida.

Este proceso refleja cómo el género se enseña y se interioriza desde los gestos más cotidianos. De Beauvoir (1949) ya advertía que “no se nace mujer, se llega a serlo”, y en este caso ese “llegar a serlo” está marcado por la práctica del silencio y la separación. Bourdieu (1998) aporta que estas divisiones reproducen una dominación masculina naturalizada, de modo que lo que para Esperanza parece una costumbre barrial encierra en realidad un sistema social más amplio. Butler (1990), por su parte, explica que el género se constituye en actos repetidos; aquí, cada vez que las niñas callan afuera y los niños se distancian de ellas, se repite un acto que

consolida la feminidad como restricción. Cisneros convierte este momento en un espejo de cómo el aprendizaje de género no se da en abstracto, sino en la práctica diaria que enseña a Esperanza cuál es su “lugar” en el mundo.

"Toda su vida miró por la ventana hacia afuera, del mismo modo en que muchas mujeres **apoyan su tristeza en su codo.** [...] Heredé su nombre, pero **no quiero heredar su lugar junto a la ventana.**" (Cap. Mi nombre, p. 8).

En este fragmento, la ventana funciona como una poderosa metáfora del confinamiento femenino. La bisabuela de Esperanza encarna un destino de pasividad: observar la vida pasar desde un margen, con el gesto rutinario de “apoyar su tristeza en el codo”. Ese gesto repetido, que simboliza una resignación aprendida, se convierte en lección negativa para Esperanza: la feminidad que se transmite en su linaje es la de la espera y el encierro. Sin embargo, la narradora rompe esa cadena al afirmar que no quiere heredar “ese lugar junto a la ventana”. El lenguaje, al colocar la ventana como límite físico y simbólico, expone cómo la autopercepción femenina ha sido moldeada por la domesticidad y cómo ella elige resistirse a este aprendizaje.

Lo que se pone en juego aquí coincide con lo que De Beauvoir (1949) planteaba: la mujer no nace confinada, sino que aprende esa condición a través de costumbres que se normalizan como destino. Bourdieu (1998) añade que estas prácticas cotidianas reproducen estructuras de dominación masculina que parecen naturales, cuando en realidad son imposiciones culturales. Y Butler (1990) ayuda a comprender la fuerza performativa de la repetición: el gesto de mirar por la ventana, repetido generación tras generación, se convierte en un acto que performa la feminidad como pasividad. El rechazo de Esperanza señala un momento de quiebre: al negarse a ocupar ese lugar, redefine su autopercepción y abre la posibilidad de construir una feminidad

activa, capaz de moverse más allá de los límites impuestos por el barrio y por la historia de las mujeres que la preceden.

Sirven para **cargar al bebé cuando estás cocinando**, dice Rachel dándole más rápido a la cuerda de saltar. [...] Los huesos un buen día se abren. Así nomás. Un día puedes decidir tener niños, y entonces, ¿dónde los vas a poner? Deben tener espacio. (Cap. Caderas, p. 24).

En este fragmento, el aprendizaje de la feminidad se ancla al cuerpo y a su función reproductiva. El desarrollo físico de las caderas no se celebra como signo de autonomía, sino como preparación para tareas domésticas y maternas. El juego de saltar la cuerda, que pertenece al mundo infantil, se entrelaza con un discurso que anticipa un destino adulto: el cuerpo se convierte en herramienta para “cargar al bebé cuando estás cocinando”. La voz de Rachel transmite así la idea de que crecer siendo mujer significa asumir desde temprano la utilidad del cuerpo dentro del hogar, reduciendo su transformación biológica a una función de servicio y cuidado.

Este aprendizaje refleja cómo el género se naturaliza a través de la socialización cotidiana. Chodorow (1978) explica que la maternidad no solo se transmite biológicamente, sino como un rol interiorizado en las niñas desde su crianza. Lamas (1996) complementa al mostrar que la diferencia sexual se convierte en desigualdad cuando la cultura asigna funciones específicas al cuerpo femenino, como aquí ocurre con las caderas. Butler (1990) subraya que el género se performa mediante actos repetidos: en este caso, las niñas asimilan la feminidad en un juego aparentemente inocente, donde la cuerda de saltar marca el ritmo del destino social que les espera. El cuerpo, más que espacio de libertad, es presentado como territorio de utilidad

doméstica, y la autopercepción de Esperanza se forma en diálogo con esa visión que reduce su valor a la capacidad de ser madre y sostén del hogar.

4.3.2. Expectativas de género y su impacto en la autopercepción

"Yo pude haber sido alguien, ¿sabes? [...] La vergüenza es mala cosa, ¿sabes? No te deja levantarte. ¿Sabes por qué dejé la escuela? Porque **no tenía ropa bonita. Ropa no, pero cerebro sí.**" (Cap. Bien águila, p. 42).

En este fragmento, la madre de Esperanza muestra cómo las expectativas estéticas ligadas al género y a la clase social conducen a la frustración. No fue la falta de inteligencia lo que le cerró oportunidades, sino la ausencia de "ropa bonita", requisito que definía la aceptación femenina en la escuela y en la sociedad. La vergüenza se convierte en un límite invisible que moldea su autopercepción, haciéndola sentirse inadecuada. Desde niñas, las mujeres aprenden que su valor depende más de la apariencia que de sus capacidades, interiorizando un sistema que restringe sus horizontes y las ata a la domesticidad.

Este proceso coincide con lo señalado por Chodorow (1978) sobre la reproducción de roles femeninos de cuidado y dependencia, y con Lamas (1996), quien advierte que las diferencias sexuales se convierten en desigualdades mediante prácticas culturales. Hooks (1981) enfatiza que estas presiones recaen con mayor fuerza en las mujeres pobres, a quienes se excluye por no poder costear los ideales de feminidad. Así, la experiencia de la madre no refleja un fracaso individual, sino un sistema que convierte la estética en filtro de acceso a la educación y a la movilidad social.

En este contexto, Cisneros evidencia cómo la autopercepción femenina se forma en medio de tensiones: entre la inteligencia reconocida (“cerebro sí”) y la vergüenza paralizante (“no tenía ropa bonita”). El relato enseña a Esperanza que la feminidad impuesta puede truncar vidas enteras, y que romper con esas expectativas es condición para construir un camino diferente.

"He decidido **no crecer mansita como las otras, que ponen su cuello en la tabla de picar en espera de la cuchilla.** [...] Soy la que se levanta de la mesa como los hombres, sin volver la silla a su lugar ni recoger el plato." (Cap. Bella y cruel, p. 41).

En este fragmento, Esperanza formula un manifiesto de autopercepción. La palabra “decidido” marca el giro: su feminidad ya no depende de expectativas ajenas, sino de su voluntad. La comparación con las mujeres “mansitas” revela un destino impuesto de sumisión, simbolizado en la metáfora de la tabla de picar. Frente a ello, Esperanza se asume como sujeto activo y, al imitar un gesto masculino —levantarse de la mesa sin recoger el plato—, convierte un acto cotidiano en resistencia performativa que subvierte las fronteras de género y ensaya un modelo distinto de feminidad.

Este gesto conecta con De Beauvoir (1949), quien explica que “llegar a ser mujer” implica una imposición cultural que Esperanza rechaza para construir activamente su ser. Butler (1990) permite entenderlo como performativo: al apropiarse de un acto masculino, demuestra que el género es práctica reconfigurable. Lorde (1984) recuerda que la libertad surge cuando las mujeres dejan de reproducir opresiones, y aquí Esperanza lo encarna al negarse a “crecer mansita”. Así, Cisneros transforma un gesto común en símbolo de autonomía y en el inicio de una autopercepción basada en resistencia y agencia.

Marín dice que si se queda el año que entra, va a conseguir un trabajo de a deveras en el centro porque allí están las mejores chambas, porque siempre tienes que **verte bonita** y **vestir ropa buena** y puedes encontrar en el metro a **alguien que a lo mejor se casa contigo** y te lleva a vivir en una casa muy grande y lejos. (Cap. Marín, p. 14).

El relato de Marín evidencia cómo la feminidad se construye subordinada a la mirada masculina. Aunque menciona un “trabajo de a deveras”, lo que realmente se espera es que su empleo sirva para “verse bonita y vestir ropa buena”, requisitos para atraer a un hombre que la saque del barrio. Su autopercepción no se articula en torno a lo que puede lograr por sí misma, sino a lo que su belleza puede proporcionarle en términos de ascenso social. Así, Cisneros muestra la crudeza de una expectativa cultural que enseña a las jóvenes que su cuerpo es su principal capital.

Este pasaje se vincula con la violencia simbólica de Bourdieu (1998), que naturaliza el poder femenino como dependiente del atractivo físico y la aceptación masculina. Butler (1990) explica que el género se reproduce en actos repetidos, como el vestir y mostrarse “bonita”, que en Marín refuerzan una feminidad subordinada. Para Hooks (1981), estas estructuras son más opresivas en comunidades marginadas, donde el matrimonio aparece como la única vía de movilidad. La autopercepción de Marín surge entonces de un mandato social: se concibe no como sujeto independiente, sino como futura esposa en espera de ser “rescatada”.

4.3.3. Violencia simbólica y opresión de género

"da miedo mirar tu pie atado a una pierna larga, larga, **tu pie que ya no es tuyo**. [...] Lucy, Rachel, yo, **tam-tam-tam tambaleantes**, vamos calle abajo hasta la esquina donde **los hombres no nos despegan los ojos**." (Cap. La familia de pies menuditos, p. 19).

El episodio de los tacones altos marca el tránsito de Esperanza entre la niñez y la feminidad adulta, pero no como emancipación, sino como peligro. La frase “tu pie que ya no es tuyo” muestra la pérdida de autonomía: los zapatos transforman su cuerpo en objeto social, definido por la mirada masculina. La caminata “tam-tam-tam tambaleantes” refuerza la vulnerabilidad física y emocional de este paso, donde la feminidad aparece como imposición más que como elección.

Este momento ilustra lo que Bourdieu (1998) denomina violencia simbólica: signos culturales como los tacones reproducen la subordinación bajo apariencia de normalidad. Butler (1990) señala que el género se performa en actos y objetos repetidos, y aquí las niñas ensayan una feminidad controlada por otros. Hooks (1981) advierte que la objetificación asegura desigualdad y limita la libertad de movimiento. Así, los tacones, lejos de simbolizar madurez, se convierten en emblema de vulnerabilidad: Esperanza comprende que crecer mujer en Mango Street es vivir bajo la vigilancia ajena y el miedo que esta genera, configurando su autopercepción desde la opresión.

"No me pega fuerte nunca. Dice que su mamá le unta manteca en todas las partes que le duelen. Y luego **en la escuela dice que se cayó.** De allí vienen todos sus moretones. [...] **Él nunca me pega fuerte.**" (Cap. Lo que Sally decía, p. 42).

La voz de Sally evidencia cómo la violencia se aprende como silencio y justificación. La repetición de “no me pega fuerte” actúa como autoengaño y defensa del agresor, mientras que los golpes se encubren con excusas como “dice que se cayó”. Así, su autopercepción se distorsiona: no se reconoce como víctima, sino como alguien destinada a callar y aceptar la violencia como parte de la vida cotidiana.

Este silenciamiento refleja lo señalado por Lamas (1996) sobre la transformación de las diferencias sexuales en desigualdades culturales, y por Collins (2000), quien muestra que el género se entrecruza con sistemas sociales y económicos que refuerzan la vulnerabilidad. Connell (2005) aporta la noción de masculinidades hegemónicas, visibles en la figura paterna que legitima la subordinación femenina. De este modo, Cisneros revela cómo la violencia simbólica se normaliza y cómo crecer mujer en Mango Street implica justificar el dolor, naturalizar la opresión y negar el sufrimiento como parte de una feminidad impuesta.

Me dijo **I love you, Spanish girl**, I love you, y apretó su boca agria contra la mía.

Detenlo, Sally. No pude correrlos. No podía hacer otra cosa que llorar. **No recuerdo.**

Estaba oscuro. No recuerdo. **Por favor no me hagas contarlo todo.** (Cap. Payasos rojos, p. 46).

La frase “I love you, Spanish girl” en boca del agresor es un ejemplo de violencia simbólica disfrazada de afecto. El inglés se utiliza como lengua de dominación, mientras que la palabra “amor” se convierte en el vehículo de una agresión. El contraste entre el enunciado y la acción —un beso impuesto, “la boca agria”— revela la distorsión de la feminidad en este contexto: ser deseada significa ser violentada. Aquí, el lenguaje amoroso no otorga reconocimiento, sino que enmascara la coerción.

La narración fragmentada (“No recuerdo. Estaba oscuro. No recuerdo.”) muestra cómo el trauma desarticula la experiencia subjetiva de Esperanza. El cuerpo se convierte en escenario de invasión y, en consecuencia, la memoria se rompe. La imposibilidad de narrar —“por favor no me hagas contarlo todo”— es tan significativa como el acto mismo: la protagonista se reconoce incapaz de reconstruir lo sucedido, quedando atrapada en un vacío que suspende su

autopercepción. La violencia sexual, entonces, no solo hiere físicamente, sino que borra momentáneamente la capacidad de reconocerse como sujeto con voz y agencia.

Este episodio conecta con lo que Collins (2000) plantea sobre la intersección de opresiones: Esperanza es violentada no solo como mujer, sino también como “Spanish girl”, reducida a un estereotipo étnico y sexualizado. Crenshaw (1989) ayuda a leer este pasaje desde la interseccionalidad, mostrando cómo género y raza operan simultáneamente en la experiencia de violencia. Además, Pech & Romeu (2006) recuerdan que el cuerpo femenino es un espacio de autopercepción y autorrepresentación; en este caso, el cuerpo de Esperanza deja de ser suyo y se transforma en lugar de trauma, donde la narración misma se resquebraja.

En conclusión, el capítulo de análisis permite ver cómo los tres objetivos de esta investigación —el papel del lenguaje literario, la relación con el territorio y la influencia del género— se articulan en la configuración de la autopercepción en *La casa en Mango Street*. Aunque cada fragmento se abordó desde una categoría específica, la novela en su conjunto revela una multiplicidad y transversalidad que impide separar rígidamente estos ejes: el lenguaje poético redefine la experiencia del territorio, el territorio condiciona la percepción del cuerpo y el género atraviesa cada una de estas dimensiones. Así, Cisneros nos muestra que la autopercepción no se construye de manera aislada, sino como resultado de una red compleja donde memoria, espacio y roles sociales se entrelazan para dar forma a la voz de Esperanza.

Capítulo V: Conclusión

En conclusión, el capítulo de análisis permitió mostrar cómo la autopercepción en *La casa en Mango Street* se configura desde tres ejes centrales: el lenguaje literario, el territorio y el género. Para garantizar una mirada integral se recurrió al proceso de triangulación, entendido

como la confrontación de diferentes fuentes teóricas, metodológicas y textuales que, al ponerse en diálogo, ofrecen una comprensión más sólida y confiable de los fenómenos analizados. A partir de ello, se identificó que cada objetivo planteado se cumplió: el lenguaje literario aparece como un recurso fundamental que, mediante metáforas, hipérboles, símiles y repeticiones, da forma a la voz de Esperanza y le permite nombrar experiencias internas y resistencias frente a la opresión; el territorio se mostró como un marco simbólico de pertenencia y exclusión, donde la casa, el barrio y el cuerpo mismo funcionan como espacios que condicionan la forma en que los personajes se perciben a sí mismos y proyectan su futuro; mientras que el género evidenció la construcción social de la feminidad a través de normas de segregación, domesticidad y belleza, pero también la posibilidad de resistencia y agencia frente a dichas imposiciones.

De manera particular, la categoría de lenguaje literario reveló que la autopercepción se expresa a través de imágenes poéticas que condensan tensiones y deseos, mostrando cómo el lenguaje no solo representa, sino que transforma la experiencia subjetiva. El análisis del territorio permitió ver cómo la pertenencia no siempre está garantizada por la posesión física de un espacio, sino por la carga emocional y cultural que este conlleva, generando tanto vergüenza como aspiración. Finalmente, el estudio del género evidenció cómo la feminidad se aprende y reproduce a partir de roles impuestos, pero también cómo Esperanza construye una autopercepción alternativa que le permite rechazar el destino pasivo de las mujeres de su entorno.

Asimismo, el proceso investigativo arrojó hallazgos no previstos inicialmente en los objetivos, pero que enriquecieron el análisis. Entre ellos, el papel de la memoria colectiva femenina, que aparece en los relatos de figuras como la madre, la bisabuela o Mamacita, configurando advertencias y modelos que influyen en la autopercepción de Esperanza. Otro

aporte emergente fue la relevancia del bilingüismo, que mostró cómo la coexistencia de dos lenguas refleja tanto la tensión cultural como la riqueza de la experiencia chicana. Estos resultados complementarios demuestran que la novela no solo ofrece claves para comprender la construcción de la autopercepción, sino que también abre nuevas preguntas en torno a la memoria, la cultura y la pedagogía de la literatura.

De esta manera, la investigación confirma que *La casa en Mango Street* articula los ejes de lenguaje, territorio y género en una red compleja donde memoria, espacio y roles sociales se entrelazan, haciendo de la autopercepción de Esperanza un proceso dinámico, ambivalente y profundamente marcado por la resistencia.

Referencias

- Acuña, R. (2015). *Occupied America: A history of Chicanos* (7ª ed.). Pearson Education.
- Álvarez, M. S. (2017). *Literatura e identidad. Experiencias de lectura literaria en la infancia y adolescencia de cinco escritores españoles contemporáneos*, *Álabe*, Revista de la Red de Universidades Lectoras.
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/La Frontera: La nueva mestiza*. Aunt Lute Books.
- Appadurai, A. (1996). *Modernity at large: Cultural dimensions of globalization*. University of Minnesota Press.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana* (2ª ed., R. Gil Novales, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1958).
- Bajtín, M. (1995). *Teoría y estética de la novela* (T. Albaladejo, Trad.). Taurus. (Obra original escrita en las décadas de 1930-1940).
- Bajtín, M. (2001). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El contexto de François Rabelais*. Alianza Editorial.
- Barthes, R. (1967). *La muerte del autor*. Siglo XXI Editores.
- Beauvoir, S. de. (1949). *El segundo sexo*. Gallimard.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa El feminismo y la subversión de la identidad*. *Routledge*.
- Camus, A. (1942) *El extranjero*. Madrid: Alianza Editorial.

Cepeda, J. (2018). Una aproximación al concepto de identidad cultural a partir de experiencias: el patrimonio y la educación. *Tabanque*, 31, 244-262.

Chodorow, N. (1978). The reproduction of mothering. *Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. *University of California Press*.

Collins, P. H. (2000). *Black feminist thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Routledge.

Connell, R. (2005). *Masculinities* (2ª ed.). *University of California Press*.

Crenshaw, K. (1989). Desmarginalizar la intersección de raza y sexo: Una crítica desde el feminismo Negro a la doctrina antidiscriminación, la teoría feminista y las políticas antirracistas. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 139-167.

Cucalón, P., & Murray, J. (2014). *Etnografía de la escuela y la interseccionalidad*.

Dennett, D. (1995). *La conciencia explicada: Una teoría interdisciplinar*. *Paidós*.

Estupiñán, N., & Agudelo, N. (2008). *Identidad cultural y educación en Paulo Freire: Reflexiones en torno a estos conceptos*. *Rhela*, 10.

Fanon, F. (1961). *Les damnés de la terre*. François Maspero.

Franco, J., & Gómez, G. (2021). *Literatura e inclusión: influencias de la formación lectora y literaria en la educación inclusiva en la ciudad de Medellín, Colombia*. *Revista Interamericana de Bibliotecología*. <https://doi.org/10.17533/udea.rib.v44n2e335710>

Freire, P. (1975). *Pedagogía del oprimido*. En *Filosofía, política y economía en el laberinto* (Número 33, pp. 65-68).

- Freire, P. (1999). *Cartas a quien pretenda enseñar* (5ª ed.). Siglo XXI Editores.
- Galeano, E. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI Editores.
- Gergen, K. J. (1992). *El yo saturado*. Paidós.
- González, F. (2013). Subjetividad, cultura e investigación cualitativa en psicología: la ciencia como producción culturalmente situada. *Liminales. Escritos sobre Psicología y Sociedad*, 1(4), 13-36.
- Hayles, K. (2008). *Electronic literature: New horizons for the literary*. University of Notre Dame Press.
- Hooks, B. (1981). *Ain't I a woman? Black woman and feminisim*. *South End Press*.
- Jung, C. G. (1984). *El hombre y sus símbolos* (L. Sáenz, Trad.). Paidós.
- Lamas, M. (1996). La construcción social de la diferencia sexual. En L. D. Barros & A. M. Pérez (Eds.), *Sexo y género: Nuevas perspectivas* (pp. 45-62). Siglo XXI Editores.
- Lorde, A. (1984). *La hermana, La extranjera: Artículos y conferencias*. *Ediciones Horas y Horas*.
- Mansilla, S. (2006). *Literatura e identidad cultural*. *Estudios Filológicos*, 41.
- Massey, D. (2005). *For space*. Sage Publications.
- McHale, B. (1996). *La ficción posmoderna*. Cátedra. (Traducción del original de 1987).
- Merleau-Ponty, M. (2005). *Fenomenología de la percepción* (J. Barrio, Trad.). Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1945).

Ministerio de Educación Nacional de Colombia (MEN). (2006). Estándares básicos de competencias del lenguaje.

Oyarzún, P. (2020). Crítica y narración. *Mapocho. Revista de Humanidades*, (88), 25-34.

Pech, C., & Romeu, V. (2006). Propuesta teórica para pensar al cuerpo femenino: Autopercepción y autorrepresentación como ámbitos de la subjetividad. *Razón y Palabra*, (53).

Platero, R. (2014). Metáforas y articulaciones para una pedagogía crítica sobre la interseccionalidad. *Quaderns de Psicologia*.

Preciado, P. B. (2008). *Testo yonqui*. Espasa.

Rentería, B. (2023). Autopercepción de la inclusión social en niños de una comunidad excluida: Una intervención con el libro álbum. Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Reyes-Guarnizo, A. (2020). Comprensión del territorio para la construcción de apropiación e identidad en el municipio de Soacha. *Revista de Arquitectura (Bogotá)*, 22(1), 44-57. <https://dx.doi.org/10.14718/RevArq.2020.2651>

Ricoeur, P. (1980). *La metáfora viva*. Cristiandad.

Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro* (J. L. Vermal, Trad.). Siglo XXI Editores.

Rosenblatt, L. M. (1995). *La literatura como exploración*. Fondo de Cultura Económica.

Spivak, G. C. (1988). *Can the subaltern speak?* Routledge.

Tatum, B. D. (2006). *Why are all the black kids sitting together in the cafeteria?* Basic Books/Hachette Book Group.

Tuan, Y.-F. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. University of Minnesota Press.

Universidad Pedagógica Nacional. (s.f.). *Misión y visión*.

<https://humanidades.upn.edu.co/departamento-de-lenguas/mision-y-vision/>

Vargas, V., López, L., & Guevara, N. (2009). *Constitución de sujeto político: historias de vida política de mujeres líderes afrocolombianas*.